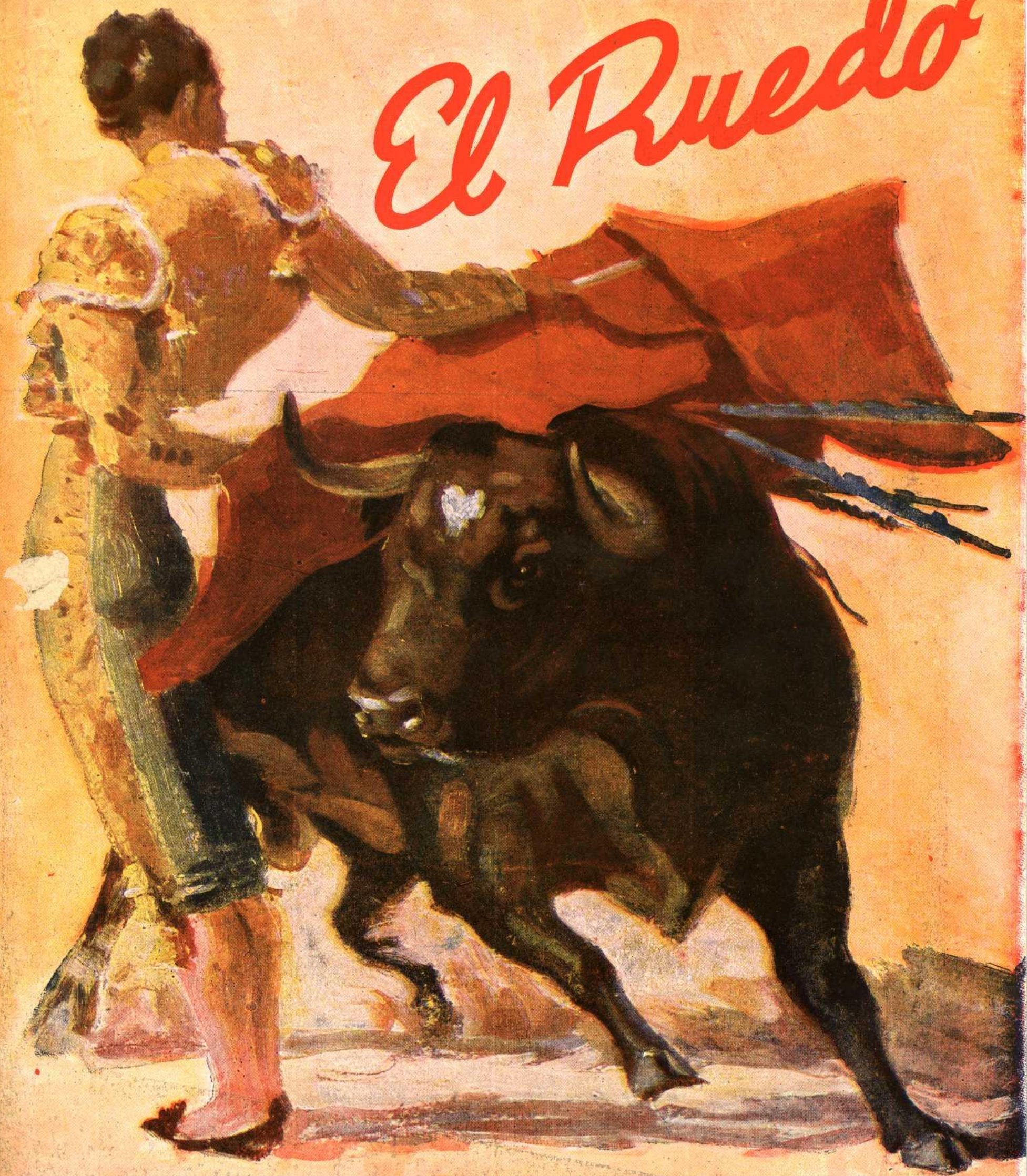


El Ruedo



5
PTS

En el encuentro peor
Con el toro más torador
que embista con toros celo
¡no se me eriza ni un pelo
usando este fijador!

Carlos Ariza

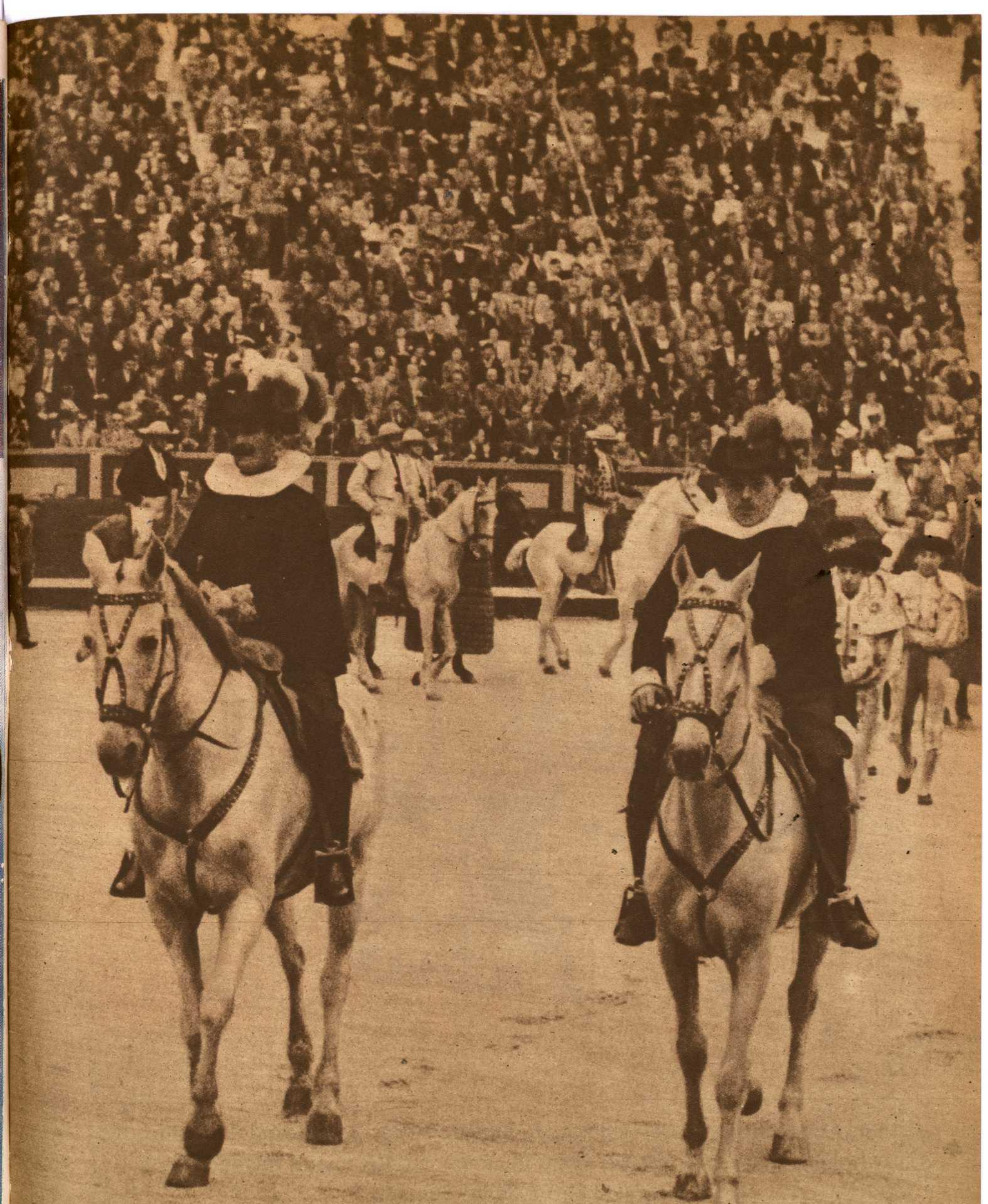


Marlice
PERFUMEUR - PARIS



vol 45

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS:
QUIMIFLOR, S. A.
PLAZA MARIANO DE CAVIA, 4
TELEFONO 73840. — MADRID



EMPIEZA LA CORRIDA

(Fot. Baldomero)

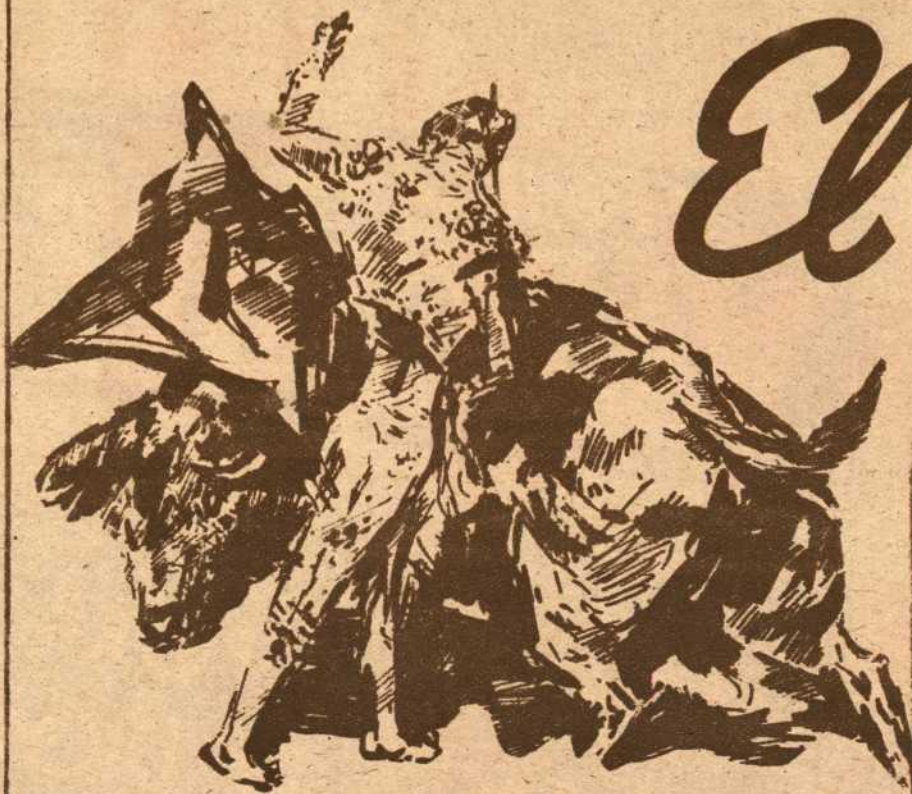
D. ALVARO DOMINGO



"... y el toro va tras don Alvaro -zig-zag, de burlas veloces-, salpicándole de furia la orilla de los zajones.... El arte de torear tiene una música nueva, trayendo hasta el redondel el garbo de las dehesas..."

RAFAEL DUYÓS

(«Romance de Don Alvaro Domingo»)



Madrid, junio de 1945

El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



ESTOY seguro de que los lectores que se enfrenten con este número extraordinario de EL RUEDO tendrán sus dudas, después de repasar por encima sus páginas, de si lo que tienen en sus manos es una revista taurina hecha por toreros o una corrida de toros despachada por escritores, aunque sepan que se trata tan sólo de conmemorar la fecha de nuestra primera salida al público, nuestra redonda vuelta al ruedo en la órbita de la tierra de un mayo a otro mayo.

La verdad es que EL RUEDO, conmovido y lleno de gratitud por las alentadoras ovaciones recibidas durante su dicha simbólica vuelta sideral, se para un instante, en el mismo punto en que la inició, apretando sus páginas multiplicadas en ademán de reconocimiento.

Se podía haber ofrecido un balance de artículos publicados, firmas, fotografías, estadísticas y gráficas expresivas de su tirada, números agotados, felicitaciones recibidas...; pero en esta casa lo que cuenta es la fiesta, nuestra imponderable fiesta, y el propio amor sólo puede traducirse en la íntima satisfacción de haber hecho lo humanamente posible para corresponder al favor de todos, y por eso este número es —como verá el que leyere— una historia completa de una corrida de toros.

Sí, señores; porque ese maravilloso y brillante espectáculo que tanto nos apasiona y que devoramos con mayor o menor diversión en un par de horas, tiene una laboriosa gestación y grandes riesgos económicos; está rodeado de sinsabores, amarguras, alegrías y esperanzas; de dolores cruentos, a veces, e incruentos siempre; le cercan la gloria y el fracaso, la fortuna y la miseria...

Y de todo eso, en la Plaza tan sólo se conoce un acto del drama de la cogida.

Por eso, EL RUEDO ha querido conmemorar su año de existencia ofreciendo a sus lectores panoramas desconocidos para el público en general, que le llevarán a una mayor comprensión de la fiesta, a cargo de escritores, y la parte visible, la corrida en sí, a cargo de sus protagonistas. ¿Quién podría hablarnos mejor del toro que su criador? ¿Quién de las distintas suertes...? Pues ahí tienen ustedes, pluma en ristre, a Vicente Pastor, a Angel Luis Bienvenida, don Alvaro Domecq, don Manuel Mejías, Ortega, Mella, Cabré, Antonio Sánchez, Andaluz, Arruza, Marcial Lalanda, Victoriano de la Serna, Pepe Luis Vázquez, Albaicín, Manolete, El Estudiante, los Dominguín, Pepe Bienvenida, Vicente Barrera, El Gallo...

Nos cuentan, desde el paseillo al descabello y el aviso, lo que es una corrida en el ruedo. Escriben toda una tauromaquia.

Un curso de torero en el ruedo, pero en éste, en EL RUEDO, sin riesgo de cornadas, y al fin, y aunque ello poco valga, con nuestra inmensa gratitud.

El Ruedo



SUPLEMENTO TAURINO DE MARCA

Esta portada, correspondiente al primer extraordinario de EL RUEDO, inició nuestra etapa de exaltación de las virtudes y grandezas de la fiesta nacional. Aquel magnífico alarde editorial tiene ligazón con el que presentamos hoy, después de una incansable labor en pro del torero, al que dedicamos el presente número



Pepe Luis
VAIQUEZ

TORERO POR
LA GRACIA DE DIOS

**NINGUNA GRANDEZA
PUEDE EXPLICARSE.
CANTARSE, SI.**



Pepe Luis Vázquez

**POR ESO EL ARTE DE PEPE LUIS
NO SE EXPLICA: SE CANTA**



VISPERAS DE TOROS

¡YA TENEMOS CORRIDA!

Por R. CAPDEVILA

Ha costado muchísimo trabajo, el señor Perro, al fin, ¡ya tenemos corrida! Es que no sabe usted, querido amigo, lo que son estas cosas de montar un cartel.

—Cuénteme usted, cuénteme usted.

—Pues, miry yo lo sé por mi amistad con uno de la Empresa. Y le aseguro que es de espanto. Antes la cosa era sencilla. Los toreros tenían menos pretensiones y usted arrendaba una Plaza...

—Yo, ¡no!

—Bueno, un cualquiera. Se apilaban de antemano unos toros a modo; se pisaba en la calle y en el casino la opinión de la gente, que siempre tiraba hacia los dos toreros consagrados, y se completaba el trio con el diestro local. Se escribían unas cartas; se discutía un par de miles de pesetas arriba o abajo y trato hecho. Con meses de anticipación usted sabía...

—Le digo a usted que no.

—¡Déjeme, hombre, que estamos hablando! Se sabía el cartel. Se podía tirar a la calle, con los precios de la última andanada.

—Eran otros tiempos, señor.

—Y que lo diga usted. ¡Lo mismito que ahora!

—Es que el dinero...

—¡Pero si no es la cosa eso del dinero! Del dinero no hablemos. A carretones. Eso es cosa sabida, y las Empresas ya lo saben mejor que nosotros. Y lo dan porque luego se lo damos nosotros a ella.

—¿Ha dicho usted luego? Yo creo que antes. A las doce del día ya está el «No hay billetes» para pagar a los toreros. En lo único que creo que habrá que adelantar es para sacar los toros. Y eso ahora, con lo de prisa que los traen y lo poco que están en corrales, pues puede que también lo alcance la taquilla...

—Ya lo sé... Era un decir, para decirle a usted que eso de los cuartos ya no asusta ni pun. Lo malo son las exigencias.

—Eso dicen. Pero en eso debe haber mucho cuento.

—Sí, cuento; ya, ya. Usted no sabe lo que pasa.

—Pues eso estoy esperando. Que usted me lo diga.

—Si es que no sé cómo empezar. Si es que creo que la mismísima Empresa no sabe dónde empiezan las dificultades.

—Vaya, vaya. La gallina y el huevo...

—¡Algo así, créalo usted! El ganadero y el torero, el apoderado y hasta la gente constituyen un flo de miedo.

—¿Nosotros también?

—Hombre; nosotros, ¡los primeros! Porque nosotros somos los que hacemos a los toreros; y... ¿se ha fijado usted en el cotarro? ¿Ha estado usted en el casino? ¿Ha ido usted al café? ¿Se ha dado una vueltecita por ese Club de ahí, del tascón de Los Pámpanos? Un manicomio. Lo que se dice un manicomio. Que si Fulano. Que si Mengano. Que es Perengano quien tiene que venir. Que los de aquí. Que los de allá... Que si aquel alboroto de Madrid en tal día. Que si la alternativa del Bitongo. ¡Treinta y siete figuras!

—Y cuantas más, mejor.

—¡Ah! Usted también. ¿Esas tenemos? Pues... hemos terminado.

—¡Caramba, amigo mío! Yo...



La esquina de la calle de Sevilla y Alcalá, punto de reunión taurina y pozo de comentarios, hace unos años, cuando aun existía el Café Suizo



Una peña de entonces en la que, como en las de hoy, se habla y se hacen pronósticos sobre el próximo cartel

—Nada, hombre. Nada. Que no. Le digo a usted que no... hay nadie más que «mis torero». ¡Imprescindible!

—Bueno, bueno. Conforme.

—Pues, naturalmente, señor. Ese sí que es quien tiene derecho a elegir. Peras en dulce había que darle.

—Sin rabo... y sin pitones.

—¿Es chuffa?... ¿Usted no sabe que no hay pastos?

—Lo que no sé, querido, es lo que usted me iba a decir de las dificultades de ese vivero de fenómenos.

—¡Un horror! Ahí es nada. Que la Empresa, ya loca, se dedicó a correr las ferias..., arruinándose. Que vió a todos y a más. Que habló con unos y con otros. Que todos querían igual dinero que el que más. Y por delante, claro es, los toros del Pinguillo. Que el ganadero ya no pudo ni por el oro de los moros componernos el lote, porque creo que va por los erales a fuerza de hacer favores... Que a todo esto, los «taurinos» empezaron a hacer maniobras, y a éste no lo doy si no me pone usted al otro, y si Fulano va le tiene a usted que firmar algo así como la alternativa de su nieto (que

parece que está de camino), y... ¡Qué sé yo, señor, qué sé yo! La locura. Ahora me explico que en Madrid anden las cosas de cabeza.

—Pero, bueno; por fin...

—Sí. Por fin, ¡ya tenemos corrida! El café y el casino y Los Pámpanos se imaginan que saben el cartel y son un hervidero. Pero el cartel sólo lo saben la Empresa y... el que suscribe. ¡Setenta mil duros de gastos!

—Por favor. ¡Digamelo en secreto!

—Todavía, no, mi amigo. Por si las moscas..., que doña Formalidad en paz descansase, y todavía...

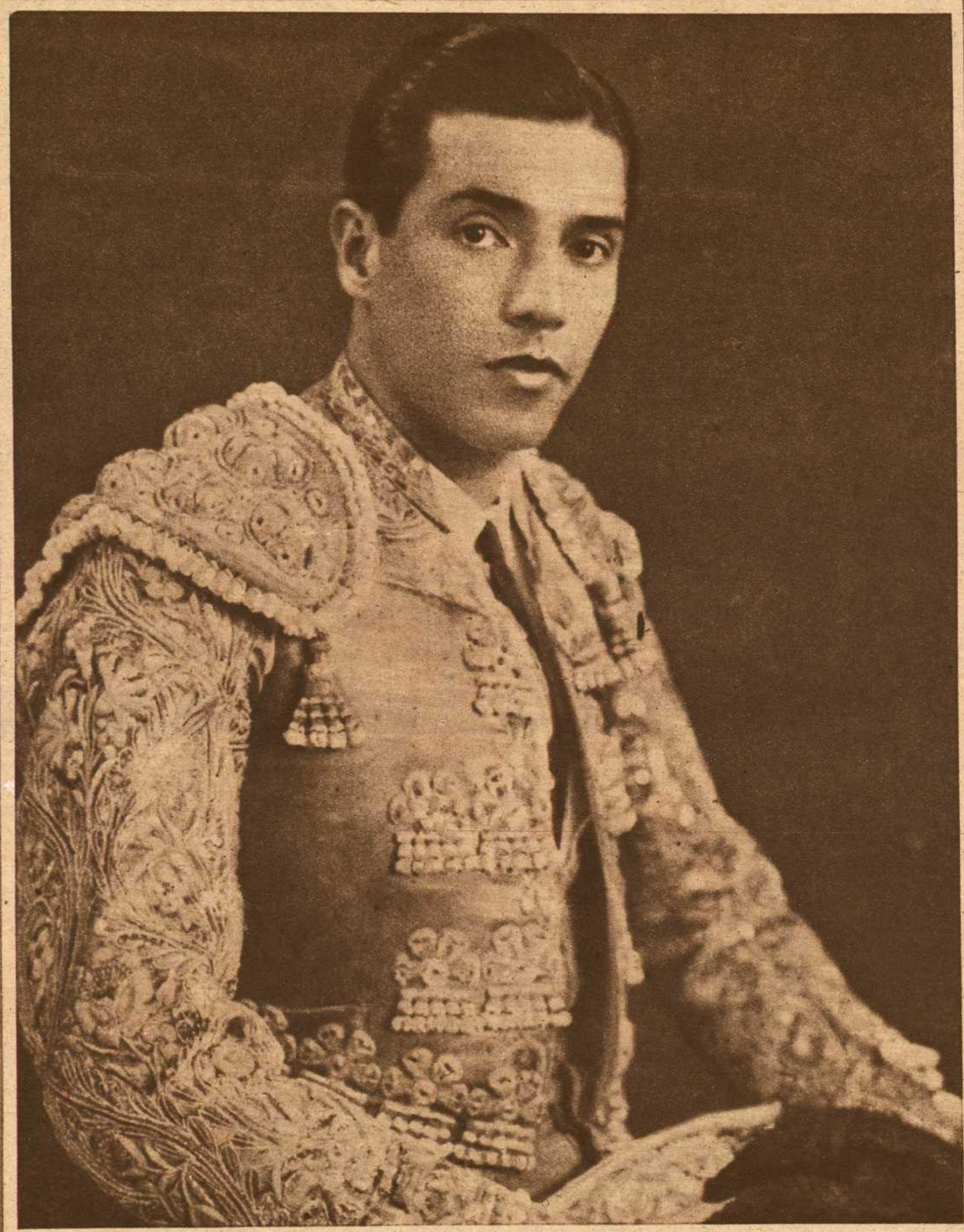
—Bueno. Es igual. Me lo dirá el cronista de *El Defensor*.

—¿Quién? ¿Zapatilla? Ese es un «amargaot». Y no se lo dirá ni aunque lo ahorquen, porque no hemos metido a ese torero. ¡Su torero..., ja, ja! ¡Vaya máscara!

—Pues ya sé de uno menos.

—Zapatilla... ¡Ja, ja! Hasta que lleguen a Los Cienes los coches de los otros y... alguno... se explique... le durará el disgusto. Y, ¡ea, amigo! ¡Buenas tardes!

—Que usted lo pase bien. (¿Habrá corrida?...)



FERMIN RIVERA

EL MATADOR DE TOROS AZTECA, DE MAXIMO RELIEVE

NERVIOS, INTERESES Y ZOZOBRA

EL MUNDILLO TAURINO

Por ANTONIO DIAZ-CAÑABATE

rrida sufre antes, en y después de la fiesta. Si, después también, aunque el éxito haya sido apoteósico, porque entonces al torero lo prenden los admiradores adventicios, los que surgen al calor del aplauso y él se queda postergado sin poder saborear la miel del triunfo en la intimidad del triunfador.

¡Cuántos nervios desgasta un día de corrida! Hasta los toros, con el jaleo del apartado y luego del enchiqueramiento, sufren de los nervios. Los empresarios no digamos, que si el tiempo, que si la gente tira o no de los billetes, que si esta pega de última hora. En fin, el no vivir. Pero todo se arregia. Y a la hora señalada suena el clarín y los toreros están en la puerta de arrastre esperando hacer el paseo. ¡Ah, si el gentío supiera lo que cuesta hacer este paseo, cuán más benévolo sería! Pero ya está el toro en el ruedo. Arriba, en los tendidos, el mundillo taurino desperdigado se apresta a la lucha. Cada uno en su puesto. Incluso los que no han ido a la Plaza están luchando fuera. Porque los que no han ido son los que no tienen relación con los toreros que actúan. Y en el café sostienen que son tres chalaos que no saben ni vestirse de torero.

Ya se llevaron las mulillas al último toro. No por esto cede en agitación e inquietud el mundillo taurino. Es la hora del teléfono. Hay que comunicar a todo el mundo el resultado de la corrida con términos hiperbólicos, si la cosa rodó bien, o con eufemismos convenidos si el resultado no fué halagüeño.

En el lenguaje del mundillo taurino no existe la palabra mal. Nadie queda mal. Cuando un torero ha estado desastroso, se dice que estuvo regular y bien cuando quedó mal. A nadie engañan sino a sí mismos, pero el caso es ir tirando. El mozo de espadas redacta los telegramas. En materia de telegramas taurinos, los hay magníficos. Ahí van dos muestras. Uno de un torero gitano él y desigual él. Decía el texto: «Fulano, en el primero, regular; en el segundo, ya te contaré». Otro de un sevillano: «Mengano, superior en el primero, con la muleta, y colosal con el estoque. Orejas, rabos y patas. En el segundo armó el espolio: superiorísimo y colosalísimo, aclamaciones, flores, salida en hombros.

Después de la corrida, unas caras están largas y lacias y otras rebosantes de optimismo. El mundillo taurino está poblado por gente muy impresionable. Unos de buena fe y otros con su cuenta y razón. Una buena tarde del torero de cada uno, se estima como que éste va a acabar con el toro. Una mala actuación del rival, como que se encuentra acabado, y allí no hay nada que hacer.



El mundillo del torero o, mejor dicho, una parte de él —la que le mantiene—, es el público que llena las Plazas de toros, que aguanta largas colas para conseguir la entrada de lo que sea, para ver una corrida que, siendo muy buena en el cartel, puede no serlo en el ruedo

La noche antes de una corrida no se duerme bien en el mundillo del toro. No son sólo los toreros los que tienen preocupaciones que impiden el desarrollo normal del sueño. Todo el que se relaciona más o menos lejanamente con el toro está inquieto y desasosegado ante el posible resultado de la corrida. De modo que bien temprano empiezan las inquietudes y la actividad.

El matador permanece en la cama. En cuanto abre los ojos pregunta dos cosas. La primera, si está lloviendo. Como la respuesta casi siempre es negativa, entonces demanda si hace aire. La lluvia suspendería la fiesta, que es lo que en el fondo de su ánimo está deseando, pero el aire no y con aire es difícil y peligroso torrear. Dejemos al matador en su cama dándole vueltas al miedo. Y vámonos con el mozo de espadas, que desde las nueve de la mañana no se sentará hasta las nueve de la noche. Sobre el mozo de espadas cae buena parte del peso de una corrida. Son tantas y tan variadas las obligaciones que es su deber cumplir, que realmente parece increíble las pueda realizar un hombre solo. Claro es que le auxilia el «ayuda», que cumple los menesteres que pudiéramos decir domésticos, limpieza y preparación de capotes y muletas, zapatillas y demás aditamentos.

El mozo de espadas hace un paréntesis en el ir de acá para allá y se acerca al apartado. Allí están las cuadrillas y los apoderados y estorbando, como siempre, los taurinos. Y en cuanto se celebra el sorteo, corre para casa del matador. Y ya desde entonces se dedica a la lucha con los amigos de éste. Los días de corrida le salen al torero bastantes amigos, todos con un deseo, con el legítimo de ver gratis los toros. El mozo de estoques les sale al paso y sale del paso como puede.

El apoderado está nerviosísimo. El apoderado lleva un tanto por ciento de las ganancias de su poderdante. Y naturalmente, por si él fuera, aquella tarde su torero armaba una revolución, cortaba orejas, rabos y patas y se hacía rico en una temporada y él se llevaba un buen pellizco. Esto consiguen muy pocos apoderados. Ellos han movido la propaganda, han solicitado la benevolencia de los críticos, han repartido entradas entre los aficionados conspicuos que creen pueden hacer ambiente al torero, pero no pueden hacer más; el resto queda a cuenta del torero. El apoderado lo único que puede hacer durante la corrida es comerse las uñas y sufrir. Que no es poco.

Los amigos íntimos de los toreros también participan de este nervosismo general, que es la característica de la mañana del día de la corrida en el mundillo taurino. Es muy difícil ser íntimo amigo de un torero, no basta la amistad incondicional, sino también la incondicional admiración. Puede y debe ver los defectos artísticos de su amigo, pero no se los puede decir a nadie más que a él. Ante la gente su actitud tiene que ser rectilínea. Su torero es el mejor. Y el día de la co-



El CHONI



Una de las más claras expresiones de la belleza se encuentra en el estilo inconfundible y personal de Jaime Marco, «El Choni», el torero valenciano que ha recogido la herencia de entusiasmo y de cariño que dejó el malogrado Manolo Granero. En la pureza de su clase, ya es «El Choni» figura del toreo.

LA SEÑORA EMPRESA

Por EL CACHETERO

Si, amigos: señora Empresa. Vale como cumplido antecedente del tratamiento aquello que contó Quevedo del soldado que rogaba a Dios que no le dejase caer en poder del señor diablo. A los que se extrañaban de la demasia les contestaba que nadie estaba seguro, ni él menos, de las manos en que daría, y por si las diabólicas fuesen, tal vez la crianza usada le dispusiese mejor a c o m o d o. Aquí, en este desmenuzamiento de los entresijos del toreo que parece que va a ser la base del presente extraordinario de EL RUEDO, va a tratarse de las Empresas de toros, y por las buenas o malas corridas que pueden proporcionarnos, las hemos señoras, en lo que quién sabe si algo se ganará.

La señora Empresa es un pilar fundamental de la fiesta, sin la que no se concibe ésta, por lo menos en el desarrollo moderno y contemporáneo del toreo. Su actividad consiste en una puramente mercantil, habida cuenta de la demanda de toros —que se llama afición— y de la oferta de unos toreros y unos propietarios de ganado más o menos apto.

En la pura teoría que desarrollamos, la señora Empresa posee la instalación necesaria para la conjunción de la demanda del público con la oferta de los poseedores de arte taurino y de ganado. Esta instalación es una Plaza de Toros, con tal o cual aforo, pero en último término. En primero, necesita un despacho propio o prestado, o quizá tan improvisado como la mesa y el diván de un café o el reservado de un colmado. A veces, en estas instalaciones públicas o volanderas tienen lugar los preliminares diplomáticos y verbales, que en grado más o menos definitivo son los que pasan luego al despacho. Allí se convienen formalmente más cosas que se traducirá, a tantos días fecha, en un festejo taurino. Este suele ser el mecanismo esquematizado de la intervención de la señora Empresa en los toros.

Bien me doy cuenta, al leer lo que acabo de escribir, que lo dicho tiene la frialdad de un esquema demasiado abstracto y algebraico y que la intención del señor Director de EL RUEDO, con la posible adición de la de mis habituales lectores —si es que existen— será muy otra, pues no en balde —y el mentado señor Director lo demuestra en el sorteo de los extraordinarios— se me debe tener por un especialista del refunfuño. Lo que es menos verdad que mi confesión que en este tema escribo absolutamente a ciegas, pues mi única especialidad suele ser el puro festejo taurino, es decir, la celebración de la fiesta, que suele ser el momento en que la señora Empresa recoge el dinero de la taquilla, destaca uno o dos empleados con carterones para pagar los servicios de Plaza, ha pagado ya a los apoderados o mozos de estoques, supongo que al ganadero también, y en sus cabezas visibles se acoda en un burladero, donde al par que recibe algún brindis de algún novillero agradecido —si el festejo es novi-



Generalmente no importa la corrida que sea, para que la gente se agolpe ante los despachos de la Empresa. Hoy, el público está ansioso de presenciar este espectáculo, y si el cartel es bueno, cuesta un triunfo conseguir billete

llada—, pone mejor o peor cara según se dió el negocio de la entrada.

Todo el negocio de la señora Empresa tiene sus puntas y ribetes de misterio. Por lo pronto, tienen la misma reserva que adorna al labrador sobre la cosecha en trámite. Días hay en que la Plaza parece rebozante; allá habrá fijado los precios al parecer tan remuneradores como tan dese quilibradores para los que entramos, y sin embargo, si se les amagase una enhorabuena, respondían:

—Sí, sí, habría mos ganado; pero se han

quedado sin vender seis tabloncillos y veintidós andanadas y así no hay manera. Luego, aquella novillada de debutantes, hace dos meses, en que llovió...

Las señoras Empresas están siempre en asombrosa proclividad con lo lastimero. A pesar de ello, ahí siguen, firmes e incommovibles en su tragedia. Distingamos, aun dentro de nuestra ignorancia, entre las Empresas permanentes y las ocasionales. Esos grupos de amigos echados para adelante, o ese comerciante que se alucina, suelen perder en verdad casi siempre.

Ahora, las diez o doce señoras Empresas que tienen en sus manos el noventa por ciento del negocio taurino, cada vez están más rozagantes y con trajes más envidiables. Como en las traviesas del frontón, la «cátedra» gana siempre, y el apostador de casualidad, jamás. Eso a pesar del redoble de lamentaciones que ahora se viene desencadenando, porque el negocio de los toros está más difícil que nunca. Para que todo redoble, se redoblan las localidades, y por las señoras Empresas puede seguir el gimoteo.

Mi conocimiento de las señoras Empresas es harto minúsculo en concreto, pues se reduce a conocer a Juanito Cortés, que es empresario malagueño.

Sé también que el señor Alonso Orduña debe conservar aún una pasmosa voz de barítono y que nos sería más fácil coincidir en la admiración por la «firmata» que hizo (amosa Titta Rufo en el brindis de Hamlet, que en la supresión del abono en la Plaza madrileña. Ya por lecturas sé que hubo un don Indalecio Mosquera que tuvo un gesto bastante sonado, casi equivalente al del alcalde de Mostoles; pero no sé más. Es decir, sí; sé

que esos despachos que aparecen en las fotografías como de las señoras Empresas, cuando el diestro firma el contrato, suelen ser horribles, estilo Renacimiento español, con cabezas de toros en las paredes.

A lo mejor forma parte también del tono lastimero de las señoras Empresas, respecto de las que declaro que he agotado mis conocimientos, aunque no la envidia por sus ingresos, a pesar de todo.



Fué tan impresionante, tan grande la faena que consagró a David Liceaga en la Plaza vieja, que su recuerdo perdura en la memoria de la afición de entonces. Y de entonces acá, David Liceaga, figura destacadísima del toreo mejicano, ha crecido en importancia y en calidad de arte. Por ello no es aventurado predecir su éxito para la afición nueva, ya que David, a sus condiciones de valor y de dominio, de torero largo y completo, ha sumado su triunfo en la escuela del mo-



derno estilo, en la que brilla con luz propia, como en breve plazo demostrará a la afición española, porque a primeros de junio llegó a España. David Liceaga, el gran matador de toros mejicano, tiene firmados compromisos con diversas plazas, entre ellas, con la de Madrid, Sevilla, Barcelona y Valencia.

La finura y la calidad de su estilo y la bravura indomable de su temperamento aseguran, por anticipado, el éxito de David Liceaga en los ruedos españoles.

JOSE R. MANFREDI
APODERADO

HUERTAS, 54
MADRID

TEL. 77986



David LICEAGA

Corrida de Toros.

Última Extraordinaria
Última de la Empresa actual
Verificada el Domingo 14 de Mayo.

Importan los Billetes Vendidos.....		59,777.	63.
Factura.			
Billetes.....	2,600.		
Oros.....	3,000.		
Pesos.....	18,030.		
Reales.....	12,247.		
Cuartos.....	120.		63.
Don.....		55,977.	63.
Para la Administración.....		2,000.	
De los Dependientes.....		800.	
Entregado Villotas.....		28,000.	59,777. 63.

Gastos a la Funcion

Personal de la Plaza	2855
Alguaciles	160
Banderos	80
Guarnicioneros	60
Salto de billetes	110
Yunque	110
Salario de caballos	8175
Almuerzo de Librados	22460
Combustible	460
Contribucion al Ayuntamiento	800
Musica	300
al Fisco Contribucion	500

EL CONTRATO

Y

LO QUE COBRAN LOS TOREROS

Por JULIO FUERTES

mentos, disposiciones provinciales, municipales y sindicales, acuerdos y conciertos, Montepío, etc., hacen del contrato entre diestro y Empresa un documento lleno de cláusulas —intrínsecas— de las que a los aficionados, como dice certeramente José María Cossío en su primer tomo de «Los Toros», sólo le importa una: aquella en que se especifica lo que cobra el torero.

Lo que cobra el torero —divulgado con mayor o menor exactitud por los bien informados— es lo que al público interesa, lo que le sirve de base para chillar o aplaudir antes de contemplar serenamente la labor de un diestro. De los mil duros que cobraba Mazzantini, a los treinta y cinco mil que ha pedido un diestro de ahora por su presentación en Madrid, van ya tantos duros, que ni me atrevo a referirme a los dos mil cuatrocientos reales que cobraba un Jerónimo José Cándido a principios del pasado siglo.

De cualquier modo, el contrato, verbal o escrito, no tiene importancia una vez ultimado. Lo importante es su negociación. Las gestiones de una Empresa con los apoderados de los diestros que nan de actuar en una corrida son el más grave obstáculo para que la corrida se celebre. Es cuando después de haber llegado en principio a un acuerdo, que parece definitivo, las cosas se tuercen porque uno de los diestros que integraba el cartel en proyecto no puede toroar por cualquier causa o porque hubo necesidad de sustituir algún toro o, sencillamente, porque un apoderado volvió con el encargo de su matador de decir que sí, pero que no. Algo, en un molestísimo y complicado, que sólo puede resolverse con dinero. Y como da la casualidad que éste —el dinero— es el objetivo fundamental de ambas partes contratantes, lo que se inició con felices augurios, se derrumba con estrépito en unos minutos.

¡El dinero!, que es precisamente también lo que interesa al público, más por lo que apuntó al principio que por lo que tiene que desembolsar. El señor que ha pagado su entrada con

pie otra vez, apenas el primer espada intenta abrirse de capa ante el toro que rompe Plaza: «¡Párate ya, granuja, que para eso cobras...! ¡¡No hay derecho!!!» ¡¡Señores, qué cobra veinte mil duros; lo sé de buena tinta!!

Y se vuelve a sentar, después de haber enseñado de nuevo al presidente su entrada, agitando con violencia, como si quisiera abofetearle con ella.

Sin embargo, luego aun es peor. Cuando el diestro coge la muleta, pesando sobre él la tremenda obligación de justificar sus honorarios, no sabe cómo empezar, porque al dirigirse a rendir el saludo de rigor, no falta quien grita: «¡Qué he pagado tantos duros!... ¡A ver lo que haces!...»

Y se oyen otros «granuja» o «sinvergüenza» o etc., reveladores del evidente desnivel que encuentra el público entre lo que cobra el diestro y lo que hace el diestro.

Lo peor de todo es, después de tantos gritos, que son pocos los toreros que se enriquecen. Lo mismo en la época en que Jerónimo José Cándido cobraba dos mil cuatrocientos reales —cifra que parecería entonces tan exagerada como las de ahora—, que cuando Mazzantini cobraba mil duros —¡mil fabulosos duros en su época!—; que en estos días, en los que un diestro pide ciento setenta y cinco mil pesetas por reaparecer en el coso madrileño, la inutilidad y la miseria son, por desgracia, norma general entre quienes en tan arriesgada profesión se disputan la gloria y la fortuna.

Me parecen más sagrados los honorarios de quienes a tanto se exponen, aunque sea voluntariamente —¡ahí está el tremendo juego!—, que los intereses de unos señores que sólo arriesgan dinero y los caprichos de un público que asiste a una diversión como podía asistir a otra, o a ninguna, porque, en realidad, nadie le obliga.

Manote, que junto con el mejicano, se puede decir que alcanza la mayor cifra en cuanto a honorarios

Una reproducción de una factura correspondiente a una corrida celebrada en mayo de 1880. El sueldo de los toreros ascendían a 22.760 reales

PRESENCIÉ, hace menos de un año, una escena en la que un apoderado se presentó en el despacho de la Empresa de una Plaza de toros a cobrar los honorarios de su torero de corridas ya celebradas, que echó por tierra el concepto que tenía formado del contrato. La dicha escena fué así, poco más o menos:

APODERADO. — Vengo a cobrar las corridas de mi matador.
EMPRESARIO. — Ahora mismo.
APODERADO. — La Plaza se llenó todas las tardes.
EMPRESARIO. — Sí, señor.
APODERADO. — ¿Cuánto ha cobrado Fulano?
EMPRESARIO. — Mire usted. (Y le enseñó un papel.)
APODERADO. (Mirando el papel). — ¿Y Mengano?
EMPRESARIO. — Aquí tiene (Y le mostró otro papel.)
APODERADO. (Dirigiendo la vista a los dos papeles). — Entonces, ¿le parecerá a usted bien que mi matador cobra tanto?
EMPRESARIO. — Conforme.

Y un montón, muy grande por cierto, de billetes, pasa de las manos del empresario a las del apoderado.

Se me dirá que esto puede ocurrir una vez y entre determinadas personas, pero que no es lo corriente.

Es lógico que no sea lo corriente, aunque resulta indudable que aun con los diestros de más campanillas —como era el de mi anécdota— se pueden concertar contratos verbales con tal de que la buena fe anime a las dos partes contratantes.



Aruza, uno de los toreros que más cobran hoy



aumento en relación a otra corrida semejante de la temporada anterior, entra ya a la Plaza hirviendo en protestas. Encuentra flacos los caballos de los alguacillos; mal vestidos a los areneros; despintada la barrera, atrasado el reloj, y otras cosas así.

Cuando empieza la corrida, todo es peor. Sale el toro y grita: «¡Vaya una mona! ¡Y eso vale dos mil duros!... ¡Señor presidente —exclama iracundo enarbolando el boleto—, que hemos pagado tantos duros!»

Y se sienta.

LA MAÑANA DEL TORERO

Por RAFAEL MARTINEZ GANDIA



luego su conducta sea completamente distinta de como él la imaginó.

No olvidemos que lo primero que hace un torero al levantarse de la cama es ponerse ante el espejo y dar un pase y medio. Al medio, suelen cortar la faena con esta frase nada académica, pero muy expresiva: — ¡Qué ganitas tengo de que caigan las canales!

Es el momento en que el torero está solo, sin las voces amigas que le distraigan. ¡Solo, el ídolo popular, ante el espejo de un armario de hotel, en pijama y despeinado! Se puede sentir más nervosismo entonces que después ante el toro, cuando el aplauso de las gentes, lo inevitable, ya que jugará la vida entre los cuernos hacen que se vea ese miedo que tienen todos los toreros, hasta los que disfrutaban fama de más valientes. Pero ahora el torero está solo y no hay nada que aleje su pensamiento preocupado. Por eso hay un segundo en que desea con toda su alma «que caigan las canales», por más que el sol haga llegar hasta él sus mejores rayos burlones.

Esto para tan pronto como el agua refresca la piel y casi se olvida cuando el apoderado y otras personas penetran en la habitación. Y llega un momento en que no se afiora el Diluvio y hasta se hacen votos por un tiempo hermoso y sin aire, porque el «maestro» con los dos bichos que le han tocado, «pero sobre todo con el segundo», puede armar un alboroto.

Poco más o menos así es la mañana del torero, pero no es así la mañana de cada torero, pues raro es el que no tiene algún rasgo que le distinga, alguna particularidad que le diferencie de los demás.

Por ejemplo, Manolete, es probablemente el que más duerme el día de corrida. Toda la mañana se la pasa en la cama, entregado a la delicia del sueño, a lo que se da con tanto entusiasmo que el día que tomó la alternativa le tuvieron que despertar. Ahí está el detalle.

Arruza es silencioso, y hay muchos toreros mejicanos en quienes se puede observar esto mismo.

Las mañanas del día de corrida habla poco y lo poco que habla es para cambiar impresiones con los miembros de su cuadrilla, sobre las condiciones del ganado y lo que será más apropiado realizar en el ruedo.

• • •

Pepe Luis está en batín en la cama, sentado como un niño bueno y así permanece hasta que llega el momento de vestirse.

Andaluz tiene la obsesión del afeitado. Como es hombre de barba muy cerrada, no quiere dar la sensación de que ha ido a la Plaza sin rasurarse. Lo hace por sí mismo, lo que es muy significativo, pues demuestra que no se le altera el pulso ante los momentos decisivos que se avecinan.

Como no se le altera tampoco a Domingo Ortega, que también se afeita solo, con una maquinilla americana algo complicada, pero que maneja con gran tranquilidad, con una seguridad en la muñeca que es la misma que después hará maravillas con su mulota dominadora.

El Estudiante se pone encima del pijama prendas absurdas para la ocasión. Es decir, se pone lo primero que encuentra: una chaqueta, una bata enorme. Luego se mete otra vez en la cama a esperar que venga alguien con las noticias del apartado, de la expectación del público, del ambiente...

Los Bienvenida salen a la calle a oír misa y a dar una vuelta, de la que no regresan hasta la hora de comer. Antonio comulga todos los días que torea.

Muy obedientito es Pepín Martín Vázquez, que no se mueve de la habitación más que para examinar su ropa de torero, que es su obsesión, y que vigila en todos sus detalles.

Juanito Belmonte tiene para estas mañanas una bata negra con herraduras dibujadas. Nota curiosa es que él mismo se vendá los tobillos y se cose las gasas.

• • •

Y así podríamos señalar de todos y cada uno de los toreros, una nota curiosa en la mañana de la corrida, cuando la tremenda interrogación de la gloria y el fracaso traza su signo inquietante en la habitación del hotel, donde el diestro sueña y teme, teme y sueña...

• • •

Y amanece el día de la corrida. La mañana la emplea el aficionado en buscar la entrada si es que aun no la tiene; en ir al apartado — si es un aficionado de los de verdad — pues la costumbre sólo la conservan ya los «puros», en leer el programa, con el nombre y la reseña de los toros, en las conversaciones con los amigos, durante las cuales se hacen pronósticos sobre lo que puede suceder y no puede suceder por la tarde... Pero, ¿y el torero? ¿Qué hace el espada durante esas horas de la mañana, cuando aun el cuarto no se le ha llenado de amigos, admiradores y tal cual fresco que va a ver si saca una entradita de ganote? ¿En qué emplea su tiempo el matador, cuáles son sus pensamientos en esos instantes en que ya la corrida se acerca como un triunfo o una adversidad inevitables... si el tiempo no lo impide?

La mañana del torero, así, en general, es la misma, pero dentro de esta generalidad, cada uno tiene sus rasgos especiales. Lo corriente es que se levanten a eso de las once. Esto siempre, naturalmente, que no hayan pasado la noche anterior de viaje — y sobre todo, si el viaje ha sido en automóvil —, porque en este caso caen en la cama y ya no suelen levantarse hasta el momento de vestirse para ir a la Plaza.

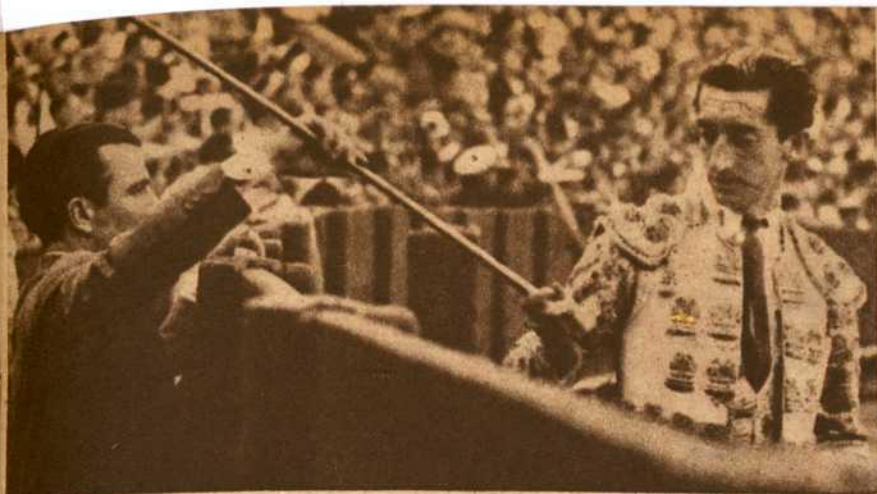
Si no ha habido viaje, el torero salta de la cama en arrugado pijama y de bastante malhumor. Sobre la mesilla se ve un tubo de pastillas de «Veramón», en la mayor parte de los casos. Es curioso observar que las sábanas entre las que ha dormido el torero aparecen, al abandonar el lecho, enrolladas en forma de maroma. Es, podríamos decir, la maroma por la que intentan evadirse del miedo y la preocupación, y se va formando a fuerza de dar vueltas en la cama, mientras el sueño no acude y la imaginación inventa el toro del espanto o la faena cumbre. El caso es que el sueño no viene fácil, la mente bulle y he ahí el por qué de ese tubo de pastillas de «Veramón» que se ve sobre la mesilla. Digamos, antes de seguir, que los toreros no suelen salir del hotel en toda la mañana.

Ahora viene el apoderado. Acaba de llegar del apartado. Es un instante solemne. Se analizan y discuten las condiciones de los cornúpetos que le han tocado en suerte al espada. Y con arreglo de los informes que le traen, el matador ya se hace una idea de lo que será su comportamiento en la Plaza... aunque



El mozo de estoques

Por RAIMUNDO BLANCO



Manolete recibe el auxilio de su mozo de estoques, que le entrega los trastos para matar



Pepin Martín Vázquez se viste, ayudado por su mozo de espadas



En la Plaza, los mozos de Pepe Luis, Belmonte y Arruza



ES un componente de la fiesta nacional, que, aunque aparentemente parece jugar un papel secundario, hoy, que todo ha evolucionado, tiene en ella un acusado relieve en muchos casos, y sus nombres es de muchos conocidos, tanto o más que algunos subalternos de la cuadrilla.

Su misión dejó de ser la del mozo de *espá*, que era servidor de todos, para convertirse en un servidor del matador, con categoría entre ayuda de cámara, secretario y administrador.

El es el encargado de hacer los itinerarios de las corridas que tiene que torear el matador, y tener con el tiempo preciso los billetes para los trenes y cama para el matador, si éste es de categoría que le permita ese lujo, teniendo ese negociado tan bien dispuesto que jamás le falta al matador su billete o cama, sea cualquiera la hora que lo solicite.

En la hora en que por la mañana, hasta la de vestirse, duerme, él vela su sueño, impidiendo, como fiel guardián, que nadie lo despierte, y corta todas las visitas inoportunas, que con frecuencia intentan perturbarlo, teniendo para todos una evasiva discre-

ta, que calma la impaciencia de los visitantes.

Su labor, durante esas horas, es la preparar los telegramas que con el resultado de la corrida han de expedirse después, cosa hoy un poco abolida, pues era un renglón de relativa impaciencia, que ha habido que suprimir en parte, no sólo por el aspecto económico, sino por lo innecesario del mismo, por cuanto muchas veces se reciben después de leído en la Prensa y por la parte material de tiempo, dada la premura en que tienen que desplazarse. También se dedican a la limpieza y arreglo de los vestidos que ha de necesitar el matador para la corrida, siendo el matador el que elige el color del vestido, que al tratarse de alguna corrida de algún interés para él, prefiere aquel con que anteriormente tuvo suerte.

Por la mañana suele asistir al sorteo, y recibe instrucciones sobre el lugar donde han de salir los que le hayan tocado en suerte, y hasta la hora del almuerzo se dedica a repartir unos sobres con billetes diversos, que unas veces sirven para ir a la corrida y otras para ir a la Plaza. Por regla general es persona inteligentísima y sagaz, que le basta una leve mirada del matador para adivinarle los pensamientos, y con él se identifica de tal manera, que sufre con su fracaso y goza con sus éxitos, hasta el extremo que se contagia de la nerviosidad del matador desde el momento que saca los vestidos hasta que lo acompaña al domicilio, después de la corrida, siendo su mayor satisfacción llegar él antes, pues es una prueba que lo llevan en hombros.

En el orden administrativo, él se encarga en pagar los hoteles, billetes del tren y demás gastos del matador y cuadrilla, con tal escrupulosidad, que rara vez merece reprimendas del jefe, y suele cobrar la corrida cuando no va el apoderado, al cual rinde cuentas cuando lo hace, y en su defecto al propio matador.

Su sueldo oscila según la categoría del matador, siendo el máximo entre cuatrocientas y quinientas pesetas por corrida, a más de algunas propinas como compensación a muchos favores que suele hacer a muchos amigos del matador, al reservarles entrada, que de otra manera no tendrían, teniendo la rara habilidad de distinguir entre los amigos del matador cuáles son los verdaderos y cuáles los denominados *permazos*, que sólo van cuando hay éxito y no preguntan más que impertinencias.

Una de las labores más complejas, aunque no lo parezca, es la de vestir al matador, pues éstos suelen ser escrupulosos en el menor detalle, y algunos algo caprichosos, hasta el extremo que tienen que hacer varias veces el lazo de la zapatilla, para que queden a su gusto, y con la falda y los machos suele ocurrir lo propio.

Al llegar a la Plaza, se encarga el ayudante de llevar el fundón de los capotes y el búcaro, mientras él sólo lleva el de los estoques, que está siempre bajo su custodia, y encargándose él de extender sobre la barrera los capotes de braga del matador y armar las muletas, mientras se realiza el primer tercio, pasando seguidamente a coger las tres muletas y tres estoques, de los cuales entrega uno al matador, que suele ser aquel cuyo número pide, pues hasta en esto hay un poco de superstición por haber tenido más suerte con uno que con otros.

Muchas veces, el matador es estimulado por las palabras de aliento y consuelo de él, y es causa de un éxito que no se esperaba, y que le llena de satisfacción y orgullo, viendo cómo al llegar al hotel se llena el cuarto de amigos, prodigándole toda clase de adulaciones y felicitaciones, que él las recibe como si a él fueran dirigidas, teniendo una sonrisa irónica para los aduladores, pues sabe que, de haber sido un fracaso, ninguno de éstos había de aparecer por el cuarto, y sólo él, en la soledad del mismo, es el que le prodiga frases de consuelo y aliento para la próxima corrida.

De estos abnegados servidores se cuentan infinidad de anécdotas, unas trágicas y

otras cómicas, y que, por no ser muy prolijo, he de referir una sola, que prueba la sagacidad de ello.

Es el caso que en una ocasión quiso un matador probar la honradez de su mozo de estoques de- jando sobre la mesa de centro determinada cantidad en duros, que previamente había contado, notando con sorpresa al ir a cogerlo que había uno de más, por lo que le llamó la atención al mozo, contestándole éste:

—Ese lo he puesto yo para probar si era usted honra-



GALLITO

La gracia
estética



Lo más difícil en el arte y en la vida es tener personalidad, acusar esos rasgos señeros, definidores, que hacen un nombre inconfundible con los demás que se dedican a la misma actividad. Rafael Ortega, "Gallito", torero entre los toreros, no se parece a ninguno.

"Gallito", ápice de una larga dinastía de geniales creadores de arte, es la improvisación genial con sus contrastes de luces y de sombras, el ímpetu original de la inspiración, y, sobre todo, eso inefable, que quiere decir indescriptible y que se llama la "gracia" estética...

El nombre de "Gallito", vibra como un clarín de gloria en todos los ámbitos de la geografía taurina...

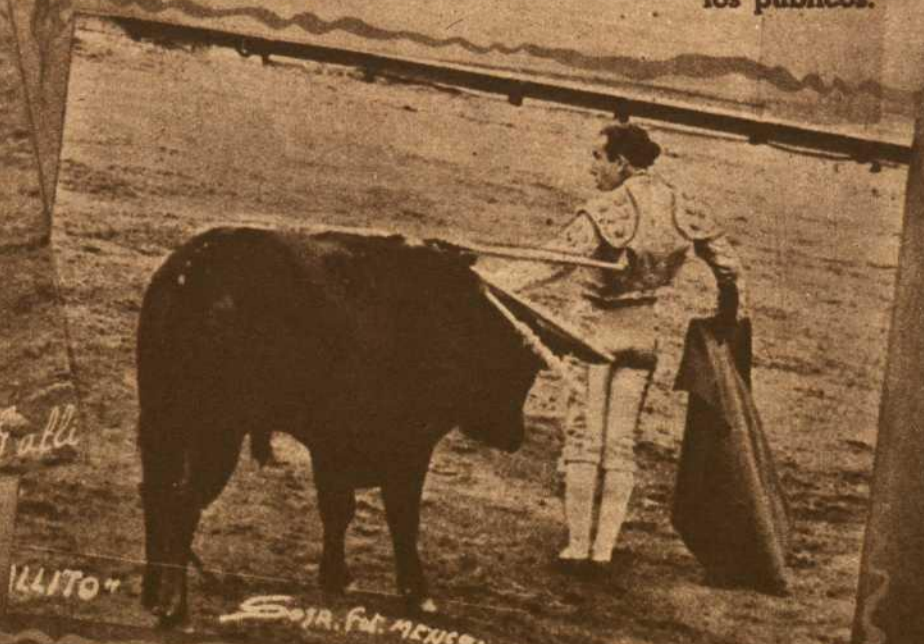
En tierras de América, "Gallito" acaba de realizar una campaña que nadie ha superado, ni en número de corridas toreadas ni en éxitos.

Allende el mar, como en su tierra nativa, "Gallito" es el torero a quien los aficionados esperan siempre con ilusión, porque una sola faena suya lo coloca en la cumbre del arte y vive siempre en el recuerdo de todos.

Torero de expectación, torero enigma, por encima de las vicisitudes y vaivenes de la suerte, Rafael Ortega, "Gallito", por su excelsa calidad artística, por su gracia y prestancia geniales, se sostiene perenne en la más fervorosa admiración de los públicos.



Rafael Ortega Gallito



GALLITO

S. R. F. MEXICO

BOLSAS DE CONTRATACION TAURINA

Por BENJAMIN BENTURA



DE LAS TERTULIAS DE CAFE SALIERON GRANDES CARTELES

BUSQUE a mi amigo por todo el local. Sin duda, alguna ocupación imprevista era la causa de su retraso. Nos habíamos citado en un café para las tres de la tarde, y yo, según es costumbre, había llegado a las cuatro menos cuarto. Minuto más o menos, yo había sido bastante puntual. En España hay muy pocas gentes que acepten la tiranía del reloj. Yo no soy una de esas personas, y mi amigo, tampoco.

El diablo sabrá qué fue lo que decidió a mi amigo Abadía a convertirse en empresario taurino. Allá, en el pueblo, tiene un almacén de vinos que le produce lo bastante para vivir con desahogo. Como conoce bien su oficio, no prueba ningún líquido alcohólico. El diablo sabrá qué fue lo que decidió a mi amigo Abadía a convertirse en empresario taurino, porque él no puede explicarse el porqué de su determinación. Era la primera vez —y ahora estoy seguro de que habrá sido la última— que Abadía se vía en estos trances. Llegó a Madrid con la única finalidad de contratar diestros y supuso que yo podría ayudarle en este quehacer. No supe defenderme, y accedí.

Iba a salir del café cuando una voz conocida pronunció mi nombre. Era la de un popularísimo apoderado de toreros que me llamaba. Me senté a su lado y le pregunté cómo marchaban sus asuntos. El hombre empezó a relatar una letanía de desastres.

—Ya ve usted —me dijo— cómo está este café. Este local siempre ha sido un buen sitio como bolsa de contratación de toreros. Bien; pues ahora no viene aquí ni un empresario. Los que tienen que ultimar

contrato con alguna primera figura, avisan al apoderado y charlan con él en el "hall" del hotel. Los apoderados que administran a figurass sobresalientes tienen montado su negocio como una oficina comercial, y nada fían a la improvisación ni a la casualidad. Los empresarios poderosos se ven precisados a huir de los apoderados, porque no les dan punto de reposo. Ahora se hacen todas las combinaciones con mucho tiempo, y hasta en los pueblos de ínfima categoría está todo preparado con meses de antelación. A pesar de todo, aquí seguimos viniendo con la esperanza de que se produzca un milagro.

En este reducido trozo de la calle de Alcalá que va de la calle de Sevilla a la de Cedaceros, y del número 20 de Alcalá a la calle de Peligros, hay cuatro cafés en los que encontrará docenas de apoderados y matadores que sueñan con un contrato. Si les habla, verá como es cosa fácil entenderse con ellos. Luego habrá que llegar a un acuerdo con banderilleros, picadores y mozos de espadas. Algunos de éstos permanecerán en uno de los establecimientos que le digo, pero los más andan por las inmediaciones de estos locales o estacionados en la boca del "Metro" de la calle de Sevilla espiando los movimientos de sus compañeros por si surge alguna oportunidad para actuar, cosa punto menos que imposible. Hay algún otro café en el que es posible encontrar a uno o varios apoderados; pero si en los que le he citado es rara la contratación de toreros, en esos otros no se hace nada de esto. Se ven con los toreros en esos establecimientos para otras cosas relacionadas con la

fiesta, pero al margen de la contratación.

—¿Y no hay —pregunté— más bolsas de contratación de toreros?

—Hombre, sí —respondió—. Pero la verdadera, aunque sirva de poco, la que pudiéramos llamar oficial, es la que le digo, dividida en los establecimientos que le he indicado.

En este punto de nuestra conversación estábamos cuando llegó Abadía. Me preguntó si había tardado y se sentó, dispuesto a tomar café. Excusó su tardanza diciéndome que había recibido en su alojamiento la visita de un apoderado con el que, en principio, había quedado de acuerdo para la contratación de tres novilleros. Nunca lo hubiera dicho. El apoderado que me acompañaba pretendió convencerme a gritos de que sus poderdantes eran los mejores toreros del globo y debía contratarlos. De todos los rincones del establecimiento surgieron apoderados que aseguraban tener el secreto del éxito económico de la proyectada corrida, y a los pocos minutos nos vimos rodeados por una nube de representantes taurinos llegados de los cafés inmediatos que discutían acaloradamente y nos daban que nos cuidásemos mucho de firmar contratos sin antes oírlos, uno por uno, a todos ellos.

Todavía no sé cómo logramos ganar la calle Abadía y yo. Mi amigo dió la corrida que fue un rotundo fracaso artístico y económico. Desde entonces Abadía no quiere oír hablar de toros y toreros y la calidad del vino que vende deja mucho que desear.



EL CARTEL

ante la parda y sustanciosa de don Eduardo Miura, pasando por la gama que ofrecía Saltillo, Santa Coloma, Parladé, Vicente Martínez, Anastasio, don Felipe de Pablo, el Duque, Concha y Sierra, Murube, el marqués de los Castellones, Aleas, Guadalest... Era la Asociación de Ganaderos de Reses Bravas un treceznago de tanto empaque como el de Santiago, y de historial tan gayo y señorial como la Real Maestranza de Ronda.

«6 hermosos toros, 6»

¡Se cayeron de la primera parte del cartel, con otras muchas cosas que se hicieron añicos!

«Que serán muertos a estoque por Perengano y Zutano, auxiliados por sus respectivas cuadrillas.»

¡Entiende usted?... ¡Que serán muertos a estoque!... ¡Estamos?

A todos alcanzaba la popularidad en la medida de sus particularidades profesionales. ¡Estimativas! ¡Cá! Definidísimas y concretas, sin confusiones ni empachosa homogeneidad.

Si Frascuelo tuvo tres banderilleros, «señores, de lo mejó», ¿dónde dejamos a los de Lagartijo, del Guerra, de Antonio Fuentes, de Bombita, de Machaco, de los Gallo, de Belmonte...

Banderilleros fáciles y *prontos* por ambos lados; y picadores que apuntaban a la pelota y que no marraban sino con intencionada cuquería —que siempre la hubo— de un Arriero, de Gamero, del Artillero, de Zurito... ¡Aquel pleito de los Miuras!

Banderilleros que preparon muchas veces los peldaños de justificadas ambiciones para llegar a las cumbres taurinas; y picadores, curtidos en tremendos batacazos, que ahoraron para una huertecita, un rancho de labor, un colmado..., un trapicheo de tratante...

¡Al César lo que es del César!

Los matadores de postín ahorraban, entre rumbos y generosidades, para, ya encaneidos y sentenciosos, curados de espantos y de cornadas, templar sus recuerdos en el relentillo mañanero, jinetes en caballote de remilgado paso y cunita a la media rienda; o para recrearse, soñando, en el rollano del caserío cortijero, acomodada la magra figura,

ya casi de carcamal, en el sillón *charrero*, y liando ritualmente un cigarro de *picadura entrelina* y cantineando *por soleares*. ¡No se conocía el tabaco rubio, ni había mancillado el «caminito de Jerez» esa jaca *cupletera* que anda, trota, corre y vuela!

¡Un paraíso con toldos de olivos y alfombra de zuya, al

Con permiso de la autoridad competente y si el tiempo no lo impide...

Veán ustedes la subordinación y la prudencia tiñendo al cartel de la corrida de respetuosa monserga burocrática y discretísimo concepto de la obligación contraída con el respetable público. ¡Todo respeto y ecuanimidad!

Escribo estas líneas cuando la autoridad competente se diluyó en reglamentos estoposos, y el sol, taurófilo en demasía, fuma su puto sin que una gota de agua se lo apague con los benditos chisporroteos que alegran el alma porque ahijan los trigos.

El labrador acomodado, si además es ganadero advenedizo, olvida en su localidad las angustias del agro que le cupo en suerte, tirando cuentas sobre cabezas, ya que la hosquedad del tiempo le reseco la sementera como yesca de estezado.

El labrantín se baraja —sonámbulo—, en el vaivén del ferial, y el pegujalero dobló el pesto rojo vencido por este cielo tan bellamente azul que reverbera a punto de plomo derretido.

En fin; Dios quiera que esto sea ocasional, y que cuando salgan impresas estas cuartillas se empapen en la misericordia divina que es agua pura.

Y como el tiempo no lo impide, sigamos boquisabiertos, renglón tras renglón, ese pedazo de papel bonito que tantas cosas promete, porque todas las obligaciones que en él se rubrican cumplieron, al alimón, con el tiempo y con la autoridad competente.

«Se lidiarán seis hermosos toros de la acreditada ganadería del excelentísimo señor don Fulano de Tal y Tal, vecino de..., con divisas...»

Un repeluzno recorría al aficionado desde la coronilla a la punta de los pies, y luego se relamía las muelas o el vinagrillo que, destilado en la dehesa, le sirve el excelentísimo señor en seis copas de plata forjadas a golpes de bien sentido orgullo.

Nos sonreíamos de la tonante vanidad de don Félix Urcola, y contraíamos el ceño

Arriba: Cartel anunciador de las corridas de la Feria del Pilar, el año 1899. — A la izquierda: Un cartel de la Plaza de Madrid anunciando la corrida de la Diputación, del año 1934. Abajo: El anuncio de la despedida de Lagartijo del público de Zaragoza. Sobre el cartel va la fotografía, abajo, sobrepuesta del billete de entrada que se utilizó aquella tarde

DE TOROS

Por JOSE CARLOS DE LUNA

que costaba llegar muchos años de bregas y congojas!

¡Ah! «Las puertas de la Plaza se abrirán a las dos y la corrida empezará a las cuatro y media en punto»: hora solar, sin angustias restrictivas, porque con el fluido competía la mano de obra, y con las bombillas incandescentes, los quinqués y los velones de Lucena.

El coso taurino no estaba aún invadido por la aritmética: ¡el Sol y la Sombra! Acomódese usted donde pueda y vaya tempranito para pegarse lo más posible al meridiano divisorio.

«Una banda de música amenizará el espectáculo». Y el buen público, hecho el paladar sistemáticamente con el pasodoble de «Pan y Toros», pedía música a gritos desahogados, estimándola premio, como pe-



PLAZA DE TOROS DE MADRID

EL DOMINGO 25 DE ABRIL DE 1943

CORRIDA DE INAUGURACION

6 TOROS
CONCHA Y SIERRA

Joaquín Rodríguez Cagancho

Pepe Gallardo

Rafael Vega de los Reyes

Gitanillo de Triana

«¡caballos! y hasta la presidencial cabeza por quitame allá esas pajas».

Desmenuzando carteles de diferentes épocas pasaríamos un rato a gusto; y estableciendo las comparaciones que sus análisis sugirieran, seguro que llegaríamos a conclusiones sabrosas. Y todavía, en los actuales, se encuentra tela que cortar y hasta dulzores que relamerse; aunque empachen tantas batatillas en almíbar y tantas yemas de San Leandro.

Añoro la antigua Asociación de Ganaderos de Reses Bravas, la que talmente parecía un Treceñazgo de Santiago o el Capítulo de una Real Maestranza de Caballería.

—¿Y la venera? ¡La venera!... Todos aquellos señores la llevaban sobre el pecho, debajo de la levita o del chaquetón de paño de Grazalema. ¡Españolísima venera en la que se cruzaron la dignidad profesional y el amor propio, y como orla, tradición, garbo, generosidad...

«Se acabó! Encima del cartel de toros ha pegado el suyo una Compañía de Seguros».

Arriba: El cartel de inauguración de la temporada de 1943, en la Plaza madrileña. — Abajo: Otro de A la media de la Sagra, en el que juegan la primera y última actuación como torero de Marcial Lalanda

PLAZA DE TOROS DE MADRID

Primera actuación del becerrista



MARCIAL LALANDA

Última actuación del gran torero



MARCIAL LALANDA

El día 15 de Agosto de 1914

GRAN CORRIDA DE NOVILLOS!

Se celebró el día 15 de Agosto de 1914, en la Plaza de Toros de Madrid, una gran corrida de novillos, en la que actuó el gran torero Marcial Lalanda.

D. BAUTISTA GOMEZ

ESPADAS

MARTIN LALANDA

EDUARDO LALANDA

MARCIAL LALANDA

que estoquearán los tres novillos, y que estoqueará el becerra

El día 25 de Octubre de 1942

¡Enorme Festival Taurino Beneficio!

Se celebró el día 25 de Octubre de 1942, en la Plaza de Toros de Madrid, un enorme festival taurino, en el que actuó el gran torero Marcial Lalanda.

D. Eugenio Ortega

ESPADAS

MARCIAL LALANDA

EDUARDO LALANDA

PABLITO LALANDA

que estoqueará los tres novillos, y que estoqueará el becerra

Plaza de Toros de Madrid
EL DOMINGO 19 DE OCTUBRE DE 1943
GRAN CORRIDA DE TOROS A BENEFICIO
Asociación Benéfica de Auxilios Mutuos de Toreros
DESPEPIDA
Ricardo Torres (Bombita)

Ricardo Torres, Bombita + Rafael Gómez, Gallo
José Gómez, Gallito + Juan Belmonte

Plaza de Toros de Madrid
14ª CORRIDA DE ABRIL
EL DOMINGO 14 DE ABRIL DE 1943
CORRIDA DE TOROS
CONCHA Y SIERRA

Seton invitada SS. MM. Y CA. RR.
LA CORRIDA EMPEZARA A LAS 5 HORAS EN PUNTO

PRECIO DE LAS LOCALIDADES	PLAZA	PRECIO
GRANDE	1ª	100
GRANDE	2ª	75
GRANDE	3ª	50
GRANDE	4ª	25
GRANDE	5ª	15
GRANDE	6ª	10
GRANDE	7ª	5
GRANDE	8ª	3
GRANDE	9ª	2
GRANDE	10ª	1
GRANDE	11ª	0.50
GRANDE	12ª	0.25
GRANDE	13ª	0.10
GRANDE	14ª	0.05
GRANDE	15ª	0.02
GRANDE	16ª	0.01
GRANDE	17ª	0.005
GRANDE	18ª	0.002
GRANDE	19ª	0.001
GRANDE	20ª	0.0005

Cartel de mano de la despedida de Ricardo Torres, Bombita, ante el público madrileño, y a beneficio de la Asociación Benéfica de Auxilios Mutuos de Toreros, Alternaban con el diestro El Gallo, Gallito y Juan Belmonte

El cartel de la despedida de Antonio Fuentes, en Madrid, celebrada el 5 de abril de 1908, alternando con Bombita y Machaquito

PLAZA DE TOROS DE MADRID
EL DOMINGO 5 DE ABRIL DE 1908

GRAN CORRIDA EXTRAORDINARIA
DESPEPIDA
ANTONIO FUENTES

EXCOMO. SR. DUQUE DE VERAGUA

Plaza de Toros de Madrid
GRAN CORRIDA DE NOVILLOS
EL DOMINGO 17 DE ABRIL DE 1908
CORRIDA DE TOROS
CONCHA Y SIERRA

Plaza de Toros de Madrid
CORRIDA EXTRAORDINARIA
EL DOMINGO 17 DE ABRIL DE 1908
CORRIDA DE TOROS
CONCHA Y SIERRA

Antonio Fuentes, Ricardo Torres (Bombita) y Rafael González (Machaquito)

DON DOMINGO L. ORTEGA



ro su deseo. Domingo Ortega había venido del campo y tenía que volver al campo, porque éste tira de los hombres que han nacido en él igual que de las raíces que se le siembran. Se hizo ganadero. Como había llegado a ser señor del toreo, era forzoso que entrara en la ganadería por las puertas del señorío. Y compró la casta aristocrática de los toros de lidia, Murube y Parladé, descendientes a su vez de Ibarra, la vacada prócer, que ha dado la solera a las más famosas de Andalucía.

La semilla era buena y el hortelano más. Domingo, que conoce el campo tan bien como los labradores y mejor que los ganaderos a los toros, a fuerza de haberse puesto tanto delante de ellos, empezó por buscar las tierras propicias — de leite suyo de campero — y luego a hacer las selecciones de las cruces y cuidar la línea de los toros, hasta llegar al tipo fino y armónico que ha logrado, y si ha sido posible, a encastarlo mejor que cuando la ganadería vino a sus manos. Feliz resultado de esto ha sido el éxito que tantas veces ha tenido su divisa en las principales Plazas de España, éxito que tuvo su culminación en una corrida concurso celebrada en Valencia, en la cual, compitiendo con las ganaderías andaluzas de más prestigio, se llevó el codiciado premio un toro de Domingo Ortega.

En el aspecto de criador de reses bravas, Ortega no ha trabajado sólo para él, porque como no hay secreto del toreo que no conozca, ni en el saber, ni en el dominio, ni en el arte, ha sabido — cosa difícil de lograr a los ganaderos que no son dueños de esos secretos — crear un toro, que, sin perder la bravura de origen de su buena casta, resulte propicio al lucimiento, en el toreo al estilo de hoy, por su nobleza y su temple justo en la embestida. Como él sueña que sean los toros a los cuales ha de torear.

DOMINGO ORTEGA es un hombre venido del campo, de ese campo castellano que tiene profundidad y dimensiones de estepa. Viendo los toros en las cercanías de las tierras de labranza donde se desarrolló su niñez, sintió un ansia incontenible e infinita de ser torero. Él sabía que al otro lado del horizonte que limitaba su vista había algo más que la monotonía de aquella parda llanura castellana. Y supo también — le entró por los oídos el eco de los triunfos de su paisano Marcial — que, venciendo ante los pitones de los toros a la muerte y ganando en el juego, podía conquistar todo eso que se le ofrecía más allá de ese punto en el cual convergían la tierra y el cielo. Y fué torero. En dura lucha con dificultades, que acaso para otro hubieran sido inexpugnables, Ortega, con su recio temperamento castellano, logró triunfar plenamente. En poco tiempo llegó a ser la figura máxima del toreo, en una estruendosa apoteosis de éxitos. Pero este triunfo no satisfacía por comple-



El aficionado a los toros

Por FRANCISCO DE COSSIO



a nuestro espíritu a la protesta y al entusiasmo. El crítico asiste al espectáculo en cumplimiento de un deber penoso, pesando en él de un lado los prejuicios, y de otro, la responsabilidad. El respetable público, en cambio, asiste allí por propia voluntad, gastándose su dinero y con el propósito de distraerse, de divertirse, de emocionarse. Muchas veces se dice que el público no entiende, y yo pienso que lo más maravilloso de la expectación se halla en no entender. En cuanto la expectación se convierte en acto reflexivo, es decir, cuando la intuición no funciona y empieza a funcionar el juicio, el espectáculo deja de ser espectáculo y empieza a convertirse en tesis. El buen espectador suele decir: yo no entiendo, pero me gusta o no me gusta.

Ahora bien, en los toros el llamado aficionado juega un papel importante. El empresario, y el torero, y el ganadero, dicen muchas veces que hacen sacrificios en aras de la afición. Y aun en



EN ninguna manifestación de la actividad humana se prodiga tanto la palabra aficionado como en relación con las corridas de toros. Los toreros, a veces, en un brindis de orden general, han dicho sentenciosamente, girando el cuerpo con la montera en la mano, «brindo por la afición». ¿Qué quieren decir con esta frase? Si aficionados son todos los que, espontáneamente, acuden a una fiesta de toros, el brindis está dedicado a la Plaza entera. Si aficionado es el que se ejercita en el toreo por gusto, y no por profesión, entonces ya el brindis queda reducido considerablemente; si aficionado es el que ha visto, estudiado y meditado en torno a la actividad taurina, entonces el brindis se reduce mucho más, hasta el punto de que habrá corridas a las que no asista ni un solo aficionado de este tipo. Todo esto, el torero, si no lo sabe, lo presiente, y por ello, cuando quiere dedicar su trabajo a todos los asistentes, ya no habla de aficionados, y suele decir: «brindo por el público en general».

Tenemos, pues, en una Plaza de toros al aficionado, en las distintas acepciones de esta palabra, y al público en general. Lo difícil es determinar quién es aficionado y quién público en general. Esto no obstante, podemos afirmar que la fiesta de toros vive, no gracias al aficionado, sino gracias al público en general.

En el teatro se llama aficionado al que representa comedias por afición, y aun el que las escribe y no las estrena. Después están los críticos, que tienen por profesión juzgar comedias, y, por último, como en los toros, el público en general, gracias al cual vive el teatro. En suma, que todo espectáculo requiere expectación, y, a su vez, no puede existir expectación sin espectadores, es decir, sin público, sin respetable público.

Muchas veces, cuando creemos entender de una cosa no disfrutamos con ella. El sentido crítico contiene los impulsos intuitivos que llevan



superior, la de los inteligentes. Mejor sería llamarlos entendidos. Establezcamos, pues, categorías en la expectación taurina: inteligentes, buenos aficionados, aficionados sin ningún adjetivo y público en general. Y del público en general, aún sacamos dos categorías, la del que no es sino público, respetable público, y la del abonado. Esto es importante en los toros, el ser abonado, y mucho más el ser viejo abonado.

En general, podemos afirmar que las grandes categorías artísticas no las hace el juicio crítico de los doctos, sino la intuición de la multitud.

A veces, el público se equivoca, y toda equivocación colectiva suele traer graves consecuencias; pero, aun en estos casos, más tarde o más temprano el público rectifica, y hasta reconoce, tácitamente, que se ha equivocado. Más difícil es que reconozca su equivocación el crítico, que también suele equivocarse con lamentable frecuencia.

Pero se dirá, ¿para ir a los toros no hace falta entender? No, no hace falta entender. Yo he asistido a los toros con extranjeros que veían una corrida por vez primera, y que se han entusiasmado y emocionado, como no es posible que se entusiasme y emocione ningún español habitual a la fiesta, y aun han descubierto en ella matices que yo nunca pude percibir. Vi en San Sebastián una corrida de ocho toros con

esto de la afición taurina hay una escala

Mr. Posner, el traductor de *Sangre y arena*, de Blasco Ibáñez, al ruso. En aquella corrida torearon Bomba y Machaco, Joselito y Rafael. Quizá esta corrida, un día de la Virgen, fué decisiva en la nueva era del toreo: primer año de Joselito y último año de Bombita. Pues bien, Mr. Posner me dijo cosas de los toros verdaderamente admirables, para terminar en que Blasco Ibáñez, con todo su colorismo, no le había dado ni una remota idea de lo que era una corrida de toros. En una feria de Valladolid asistí a los toros con el gran pintor inglés Lewis. Este pintor, que hizo un retrato magnífico de Cagancho y una serie de telas de diversas fases de la fiesta, penetró en el sentido estético del toreo con observaciones de una sagacidad de la que no es capaz ningún aficionado español. Y, sin embargo, tuvo en sus cuadros un pintoresco error: el de calzar a los toreros con zapatos de tacón alto. ¿Pero qué importancia podemos dar a este error, si yo he oído discutir a gentes que van con frecuencia a los toros, si el matador sostiene alguna vez la espada con la mano izquierda?

Emocionarse en un espectáculo es fácil; poner el juicio a contribución del espectáculo, ni es fácil ni conveniente. Esto constituye una profesión.

Por esto, los artistas, por eminentes que sean, no necesitan ni de aficionados, ni de inteligentes, ni de críticos...; necesitan espectadores, y, a ser posible, espectadores en estado de inocencia. Es decir, que el arte vive gracias al público en general; gracias al respetable público.

La corrida en el campo

Por BARICO



Francisco Atienza, mayoral de la ganadería de don Graciliano Pérez Tabernero

FUI advertido de que nunca alcanzaría a conocer toda la verdad, porque el oficio de mayoral de ganadería de reses bravas se asienta en secretos profesionales que los no iniciados han de ignorar. Pero no renuncié. Ya en la explanada de la plaza avancé con dirección a la dependencia, en la que, con los suyos, vive José Parejo. Con él era la cita; con él y con Francisco Atienza, mayoral de la ganadería de don Graciliano Pérez Tabernero.

Sosiego en la solanera y sosiego en las laderas, transformadas en jardines. Y soledad en la tarde de junio, tostada y retostada.

La puerta, abierta. Ya en el patio, el eco de los cencerros de los bueyes, y, de pronto, el grito atronante: «¡Je, toro!» Juega el chiquillo como si de verdad tuviera delante un becerro aplomado y bronco. Porfía con la muleta en la izquierda, se la cambia de mano, y cuando parece haber dominado a la hipotética bestia y corregido los defectos que la hacían punto menos que ilidiable, liga una faena, cuajada de floreos y desplantes. Comprendo que todo ha terminado, cuando veo al chiquillo empinarse y hacer ademán de que todo el mundo quede quieto, para acabar dando una graciosa media vuelta, rematada con la sonrisa del triunfador. Me ve entonces y le pido ayuda. A saltos sube las escaleras, y segundos después me da la noticia de que José Parejo viene en seguida. Recoge su muleta y comienza otra faena en un rincón del patio, a solas con sus sueños. Este será, cuando mozo, de los que dicen a los periodistas: «No sé cómo empezó en mí la afición. La sentí desde chico.»

En las ventanas de la casa abundan los tiestos, en los que florecen gayas plantas. Ciega el sol.

José Parejo a mi lado. No ha venido todavía el mayoral y mientras llega, charlamos.

Francisco Atienza es hombre magro, bronceado por los soles y vientos de Castilla, de regular estatura y mediana edad. Viste traje campero andaluz, y se cubre con sombrero cordobés. No, no comprometerá a don Graciliano el mayoral de su ganadería. Francisco asegura que él no es el más indicado para explicar la función de un mayoral de reses bravas, porque don Graciliano, como todos los Pérez Tabernero, lleva personalmente todo lo que tiene relación con su hacienda, y el mayoral sólo se ha de ocupar de cumplir sus órdenes. Mejor sería que me informase un mayoral de los que llevan todo directamente. Y accede a contarme lo que hacen esos mayorales.

Francisco ocupa el cargo desde que lo dejó su padre, José Atienza. Quiso José descansar, y no lo ha conseguido. Al poco de ausentarse de la finca de don Graciliano le solicitó el vizconde de Garci-Grande, y no pudo negarle su concurso. Al cuidado de las reses del señor vizconde está ahora el viejo Atienza, con sus hijos Antonio y Rafael. Otro Atienza, Manuel, vive apartado de estas actividades, y los cinco restantes, Miguel, Ramón, Juan, José y Floro, son picadores.

«El mayoral—empieza por decir Francisco Atienza—ha de contar con la absoluta confianza del ganadero. El es —y aclara que habla en términos generales— el jefe y encargado de la ganadería. Es responsable de cuanto ocurra. Señala las parcelas de terreno en que han de pastar las vacas, los becerros, los novillos y los toros, y el cuidado que se ha de tener de cada punta de ganado y hasta de cada animal de la reata. Los vaqueros, según cuiden machos o hembras, reciben el nombre de novilleros o vaqueros, y a los novilleros o vaqueros se encomienda el cuidado directo de las reses, bajo la vigilancia y asesoramiento del mayoral, quien a diario ha de enterarse

de cuantas incidencias ocurran. Hay dos cosas fundamentales en las ganaderías de reses bravas. La primera es la elección de sementales. Para hacerla bien es necesario el consejo del mayoral, que casi siempre es decisivo. La segunda es la tiente. En esta faena, el mayoral, que conoce el historial de cada res, es quien ordena lo que se ha de hacer en cada caso. La de herrar tiene menos importancia. Por lo general se numeran los machos por camadas. El nombre se les pone teniendo en cuenta el de la madre, bien masculinizándole, bien buscando un derivado. Como el mayoral lleva un libro con el registro de toda la ganadería, el historial, detalladísimo, de cada individuo, y además conoce punto por punto lo ocurrido en el campo y las condiciones de cada res, es natural que su parecer sea tenido en cuenta al elegir las corridas. Tan pronto como se embarca una co-

rrida, el mayoral se hace cargo de los toros. El cuidará de que el transporte se haga bien, de que nada falte a las reses mientras estén en los corrales, y luego, durante la lidia, tomará nota de todo, hasta en sus más pequeños detalles, de lo que hagan los toros. Muchas veces, toros que para los toreros son muy buenos, para el mayoral, no. Hay bichos pastueños en tal medida, que están muy cerca de ser mansos. Cuando termina la corrida se da cuenta al ganadero de lo ocurrido, y siempre se saca alguna enseñanza de las observaciones del mayoral. Cuando el ganadero tiene verdadera afición, cambia a diario impresiones con el mayoral, y de estas conversaciones depende en gran parte la buena marcha de la ganadería. Lo malo viene cuando el ganadero se deja guiar por las opiniones de amigos y aficionados, que no conocen la vida de las reses en el campo.»





EL TORO CHICO

Por RAFAEL HERNANDEZ

No es de ahora, sino de hace muchos años, este apasionante tema del tamaño del toro. Yo he leído las más violentas diatribas que se escribían contra el Guerra porque ya no toreaba los toros tan grandes como los que se lidiaban en los tiempos de Lagartijo y de Frascuelo; recuerdo las campañas que se hicieron contra Bombita y Machaquito acusándoles de no querer torear corridas grandes y censurándoles duramente su actitud en el famoso pleito que se llamó de «los Miuras», y que se planteó porque los dos espadas hicieron pública su decisión de cobrar quinientas pesetas más cada vez que tuvieran que despachar una corrida de la vacada famosa, y he visto la época más brillante para los partidarios del toro grande, época que se inicia con la adjudicación de la Plaza de Madrid a don Indalecio Mosquera y su rompimiento con Bombita y Machaco por la cuestión de las sustituciones.

Privado de aquella pareja, que era la de mayor cartel, tuvo el señor Mosquera—o su representante, Manolo Retana—la buena idea de adquirir las corridas de mejor trapío que encontraron por las dehesas, y así vinieron a Madrid aquellos toros andaluces de Pablo Romero, de Miura, de Murube y de Santa Coloma, con más de treinta arrobas, y que, sin embargo, muchas veces se quedaban chicas ante las colmenareñas de don Félix Gómez, don Vicente Martínez o de la viuda de Bañuelos, ante las jarameñas de don Esteban Hernández

o del duque de Veragua, o ante las salmantinas de Pérez Tabernero, Clairac o marqués de Llen, y mucho más ante las portuguesas de Palha o de Coruche, terror de toreros y de espectadores. Y ocurrió entonces que hubo como un renacimiento de la afición taurina que empezó a llenar la Plaza de Madrid, donde se habían arruinado tantos empresarios, y colocó en la cumbre de los carteles a Fuentes, Rafael el Gallo, Vicente Pastor y Gaona, que pecharon con los toros grandes y que durante varias temporadas sostuvieron, con otros astros de segunda magnitud, las corridas de abono y las extraordinarias de la temporada madrileña.

Poco después, con la llegada de los dos fenómenos, Joselito y Belmonte, vino la edad de oro del toreo: la de los toros grandes y los toros más grandes todavía. Pero como es un principio fatal e irremediable que allí mismo donde se llega a la cumbre del mayor esplendor es donde se inicia la decadencia, desde entonces a ahora ha venido achicándose tanto el tipo de las reses que se ha llegado al momento actual.



tra eso es la protesta de los aficionados—ver cómo se lidian verdaderos becerros erales que a fuerza de piensos se les pone en cerca de los trescientos kilos y se lidian como toros cuando a ellos faltan tres o cuatro meses para llegar a uteros. Díganlo si no los que han visto algunas de las corridas de toros que se lidiaron el mes de octubre pasado y tuvieron que presenciar el lamentable espectáculo—lamentable sobre todo para el prestigio de los toreros—de que el público pidiera y el presidente ordenara la retirada de los picadores. Y en otros casos en que éstos actuaron bastó con un puyazo y un par de banderillas para que el pobrito bicho, al cual ya nadie se atreve a llamar fiero, diera con sus huesos en la arena porque no podía sostenerse sobre sus remos. Venga el toro chico, el toro chico, modo para el torero, pero el toro. Porque, fin, de lo que se trata es de que haya toros no se lidien más becerros. Y no se tuerza la cuestión con esas fantasías de los toros treinta y dos arrobas y dos pitones a los maños.

Venga el toro chico, el toro fino, bien criado, con morrillo, de veinticuatro o veinticinco arrobas, con cuatro años y con la fuerza suficiente para embestir durante los tercios de la lidia. En cuanto salga a los ruedos acabarán las campañas y todos los aficionados aplaudirán con entusiasmo. Por la disculpa de la falta de piensos no es más que eso, una disculpa. El mismo pienso que se da a los becerros para adelantarios puede gastarse en engordar al toro desde los tres los cuatro años.

Y, por último, ya que tanto se habla del toro chico, no estará de más que se hable un poco de la puya grande; porque la actual acordada para los toros de cinco años y cuando se ordenó el empleo de los petos con los cuales los picadores creyeron que iban a tener mayor riesgo, y se les concedió un margen de defensa aumentando el castigo de la puya, es excesiva a todas luces.

Y es razonable que si se ha rebajado el peso reglamentario en dos arrobas, que rebaje también unos milímetros la puya y aumente un poco el tope para que no ocurra lo que estamos viendo con demasiada frecuencia.

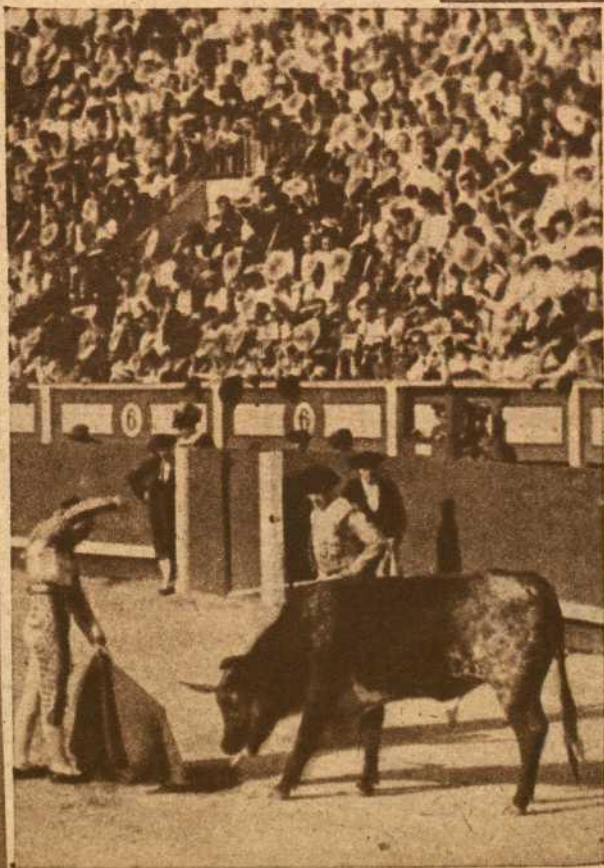
Y que salga el toro..., aunque sea chico.

en que vuelve a ser el toro chico el tema que más apasiona e interesa en el toreo. Porque nunca, ni en aquellos momentos de mayor decadencia y más desaprensión de todos, han salido al ruedo toros de tan poco tamaño, de tan poco respeto y de tan poca fuerza como los que se están lidiando ahora. Y, desde luego, jamás se le cortó a ninguno los pitones.

Por eso, ahora no hay una «peña» taurina, ni una conversación entre aficionados, ni un artículo acerca de la fiesta, que no tenga el mismo tema: el toro chico. Y tanto se ha dicho y se ha escrito acerca de él, que ahora que me veo en la obligación de echar mi cuarto a espadas en esta cuestión, creo que me ha correspondido el toro de más tamaño, de más trapío y más difícil que le haya tocado jamás a lidiador alguno.

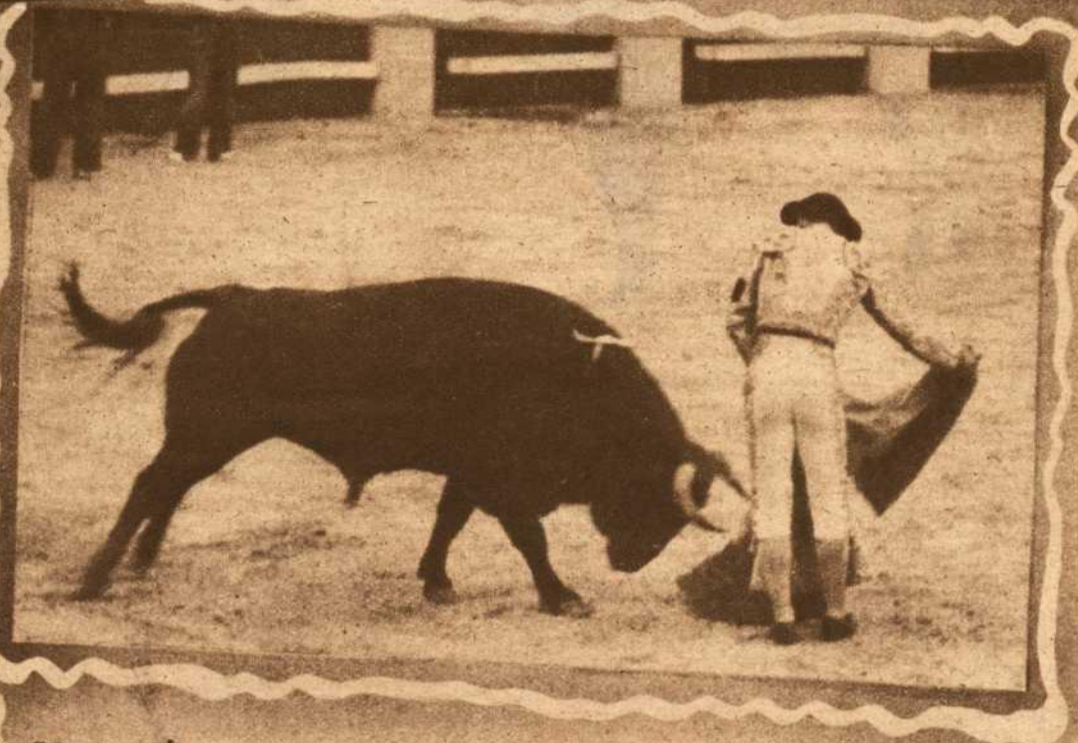
Yo estoy conforme con el toro chico y creo que como yo están conformes la mayor parte de los aficionados, que creen que ha pasado ya la época de la lucha para dominar y ha llegado la de torear con arte y con belleza. Y para esto hace falta el toro chico. No se crea que con esto se muestra conformidad con lo que viene ocurriendo en todas las Plazas de España. Pedir el toro chico para que los toreros puedan torear tal como hoy lo exige el gusto del público, no es pedir que siga el abuso y el escándalo, que ha llegado ya a límites inverosímiles si no lo estuviéramos viendo.

Un toro de cuatro años, veinticuatro arrobas y recogido de cabeza es un toro chico, y ¿cuántos de esos salen hoy a los ruedos? Se podrían contar con los dedos de una mano y aun puede que sobrarán dedos. Más frecuente es—y con-

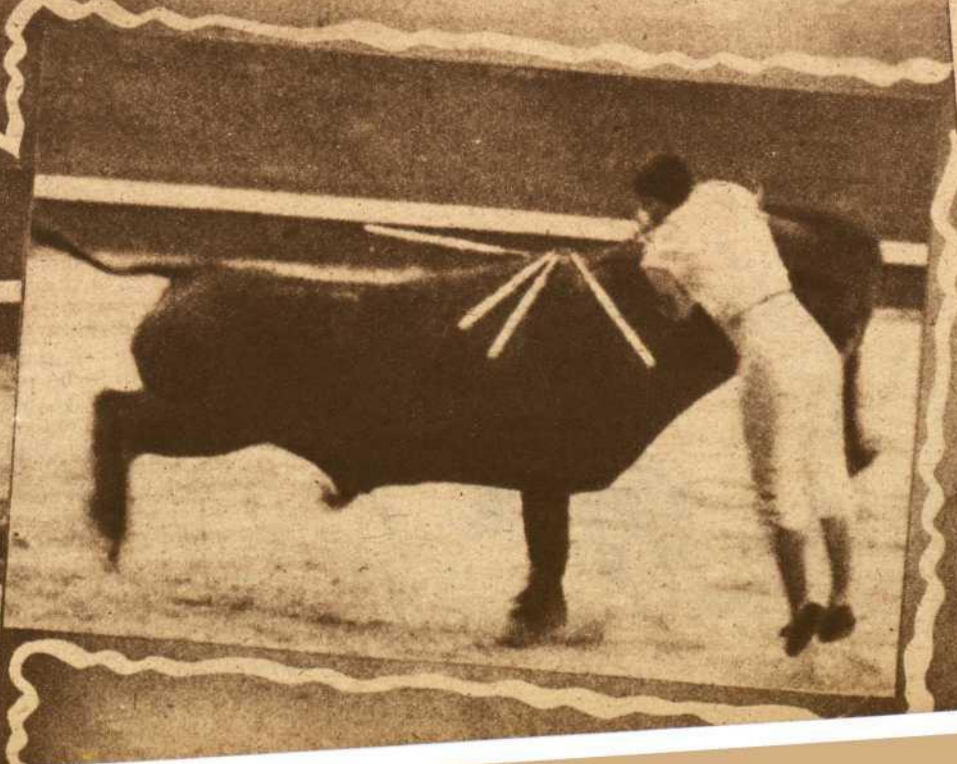


Morenito de TALAVERA

Todas las grandes figuras, en las distintas modalidades del arte, han conocido, aun en sus épocas de mejor plenitud, crisis de desmayo, instantes de abatimiento y de desgana — desigualdades de la suerte —. Cuando hasta en la Naturaleza se dan esas crisis de cansancio y desigualdad es posible exigir de los hombres, y muchos menos de los artistas, que estén constantemente en la misma tesitura de esfuerzo y de triunfo. Los árboles que están siempre verdes, el fruto es nulo o mezquino. Los toreros no habían de ser la excepción de esa ley que rige las actividades humanas.



nas, aun los más diestros y seguros, los más valientes y artistas han sufrido esas alternativas, riesgo y ventura de una profesión que rige un azar dramático. "Morenito de Talavera", el gran lidiador castellano, que en sólo tres años supo escalar por su propio esfuerzo y en un derroche constante de valor y de arte las cimas más altas del toreo, sufrió en la temporada de 1944 una de esas crisis de abatimiento y de desgana. Pero como la carrera brillantísima de "Morenito de Talavera" nada le debe al favor ni al capricho de una moda, surgida al socaire de un éxito de ocasión, sino que es el premio bien ganado de una voluntad valerosa de un temperamento de artista en constante depuración, apenas empieza la actual temporada, "Morenito de Talavera" ha encontrado otra vez, rápida y certeramente, el camino del triunfo. Lo atestiguan sus éxitos en todas las Plazas de provincia y, sobre todo, sus dos triunfales actuaciones en la de Madrid, donde el público ha rubricado con clamorosas ovaciones la brillantísima recuperación de un gran torero que no rehuyó jamás la primera Plaza de España y en ella obtuvo las victorias básicas de su carrera. "Morenito de Talavera" está otra vez donde estaba. Firme en el valor, en el arte y en su puesto de la primera categoría taurina.



EL TORO GRANDE

Por DON INDALECIO

EXISTE mucho aficionadillo «despistado» que, en cuanto se pronuncia esa palabra, casi tan aterradora para el torero que ha de lidiarlo como para sus incondicionales de la clase de papanatas, de «un toro grande», éste no puede ser otro que el destartado, zancudo y zancujoso, cornalón y pasado de edad, al que hay que añadirle —¡buen añadido!— la agravante muy cualificada de su casi desconocida procedencia.

—¡Estos toros para los de arriba— exclaman los antifenomenistas.

—¡Con toros así hubiera querido yo ver a Guerrita y a Joselito!— replican los compasivos.

—Con esta clase de toros no se puede realizar el toreo «de estética» que ahora imponen los públicos— saltan otros.

—Para los toreros modernos, «de línea», venga el toro recordadito, que es el bravo, el que entra recto, el que se deja torrear— afirman los de más allá.

Des hagamos el equívoco; ¿tiene algo que ver el tamaño del toro con su casta selecta, con la bravura o mansedumbre que lleve dentro? ¿No hay más toro «grande» que el que hemos reseñado antes de cuernos blancos, piernas zancudas y agujas altas? ¿Y por qué emplear esa frase de «toro grande» como sinónimo de buey de carreta, para echarse la en cara a los partidarios de tal, con el complemento ríspido del «ande o no ande»?

No; no aprovechemos la salida triste de una corrida de bueyes de ganadería barata, lidiada —es un decir— por toreros «modestos» —la «modestia» y el buen arte de torrear son cosas incompatibles, que están reñidas—, una corrida de esas de las que salen los pacientes y casi siempre escasos espectadores con agujetas en las mandíbulas, a fuerza de boateos, para salir al descansa del becerro desnutrido, con los pitones «arreglados».

que tanto regocijo proporcionan a los toreros de «cienta funciones» y a sus apoderados, que consideran ya las entermerías como locales superfluos dentro de los circos taurinos.

—¿Les gusta a ustedes el «toro grande»? —se pregunta con sorna en semejantes ocasiones.

—Nos gusta —se puede contestar— el toro, sencillamente y sin adjetivos. Así: el toro. Con la edad, bien armado, ni brocho, ni cubeto, ni atreído. ¡Un toro, señor, lo que se dice un toro! Cuajado, con cara seria, con la cara que dan los cinco años, y el haber comido, y el haber rasado los dientes. Con tales condiciones, puede ser un toro de ganadería prestigiosa, y bravo, para proporcionarle un «éxito verdad» —como anunciaba aquel empresario catalán que creía en los «éxitos de mentira»— a una primera figura. Y puede ser, de contrario, un becerro o un novillo de padres desconocidos, lo suficientemente descastado para hacer andar de cabeza a todo un jefe de cuadrilla de excepción y a su

batallón de subordinados. Pero, señor, ¿qué tendrá que ver el lugar donde se lleva el faro piloto con las temporadas?

En aquellos tiempos, no demasiado lejanos para los que hemos vivido en una época en la que no nos preocupaba tanto el peso del toro, como ahora, en la que no parece sino que cada espectador es un contratista de la carne, y por aquellos días en los que, si no llegaba una corrida en condiciones,

los veterinarios la desechaban y la función se suspendía, aunque se perjudicase quien quisiese —no como ahora en que las multas vienen después, que es tanto como adornar con cebada el rabo del burro muerto—, fué suspendida en Madrid, hará una treintena de años, una corrida de toros de Urcola, por si era o no pequeña, baja de agujas, de aspecto poco aparente. No obstante, era una corrida de toros serios, con «barbas», que en todo tiempo se emplearon similares peluqueriles en materia taurina, siquiera no fuese en relación con el depresivo «afeitado» de los tiempos actuales.

Protestó la Empresa, se indignó su representante, y dijo:

—¿Pero por qué desechan ustedes estos toros?

—Es que son bajos; es que son pequeños —le contestaron los técnicos.

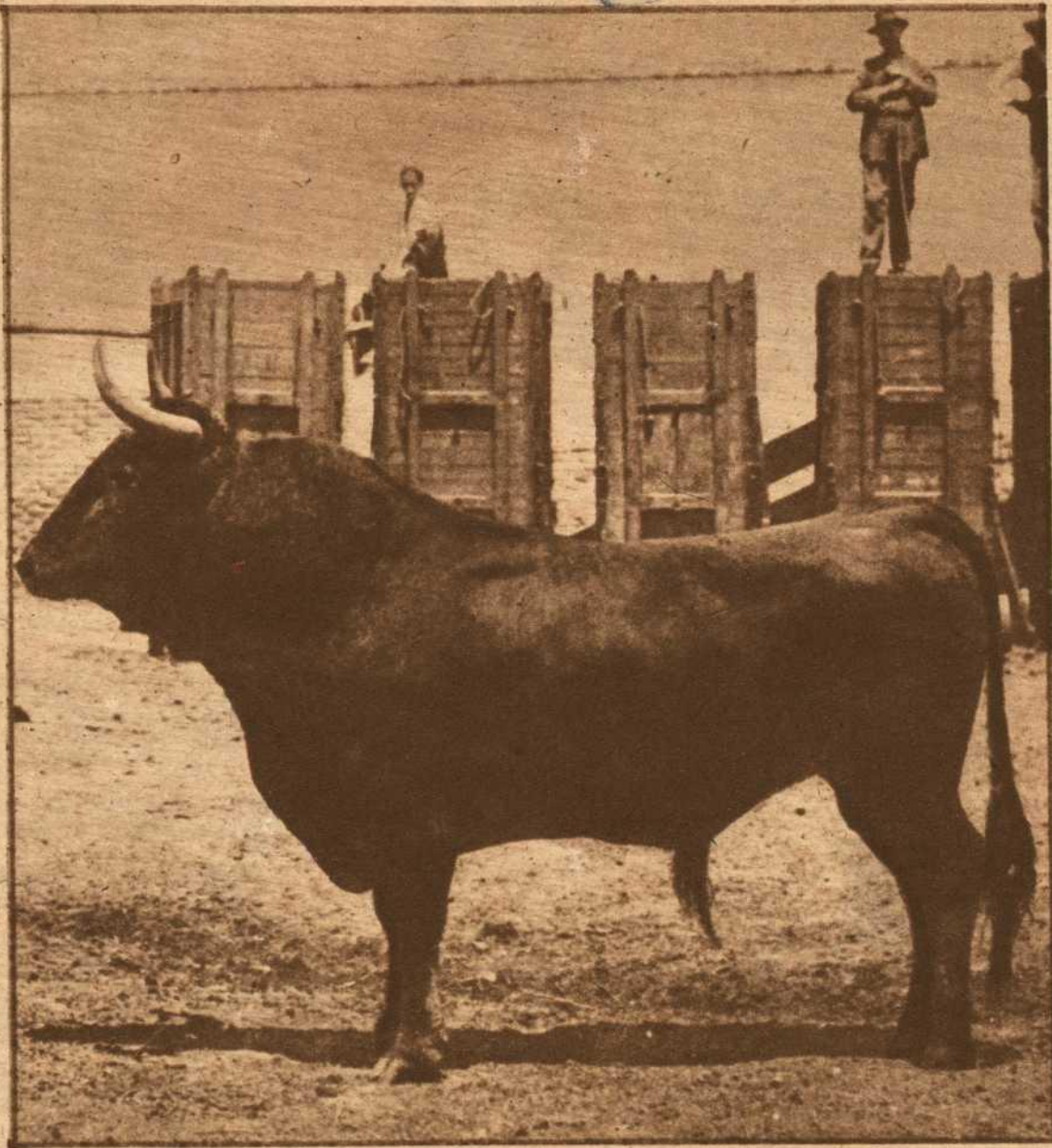
—¿Pequeños? ¿Bajos? ¡Y qué!... Yo soy todo un hombre, y, sin embargo, cuando me llamaron a las quintas, no di la talla.

Vuelvo a decir: des hagamos equívocos. Y equívoco manifiesto es, en el lenguaje usual entre «taurinos», eso del «toro grande» como toro sin casta y sin lidia. Como frase equívoca es también la de «torero valiente», «torero macho», relativa al que anda siempre encerrado entre los cuernos, «malgré lui», como la lana entre las zarzas. No; no es eso: ni boyancones de ganadería de ínfimo grupo, ni torreadores con

pantalones de monosabio porque la taleguilla se la hizo trizas, no el enemigo, sino su torpeza.

No es la cuestión del volumen del toro, su envergadura desmesurada y su destartamiento. Como no hacía a la mujer «más mujer» el tontillo, el micifloque o el guardainfante. Suprimida la bambolla de una moda fea, limitada la falda a lo sintético, ¿dejan por eso las mujeres de hoy de ser tan mujeres y tan adorables como las de ayer? ¿Es un hombre menos hombre porque haya suprimido aquellos bigotazos que se llamaron de carabinero? Pues lo mismo sucede con el toro: se ha recogido el tipo, la cabeza puede ser más arreglada, más «cómoda», y, sin embargo, ser todo un toro, lo mismo que aquel personaje, salido de la imaginación de don Miguel, era nada menos que todo un hombre.

En cambio, lo que no puede suprimirse es la edad, ni la comida, ni el sentido para la lidia que dan una cosa y otra. Lo que no puede variar-se, y pasadme la redundancia, es que el toro deje de ser toro.



LA EDAD Y EL SENTIDO PARA LA LIDIA

ALEJANDRO MONTANI

EL SOL DEL PERÚ. - En camino de total recuperación, Alejandro Montani torna por sus fueros taurinos tan gallardamente conquistados en sus primeras actuaciones, interrumpidas por el gravísimo percance que sufrió. Una afición indomable y un arte personal y de excepción afirman de nuevo la figura, plena de elegancia y de matices de emoción, del torero a quien conoce y admira la afición como "el sol del Perú".

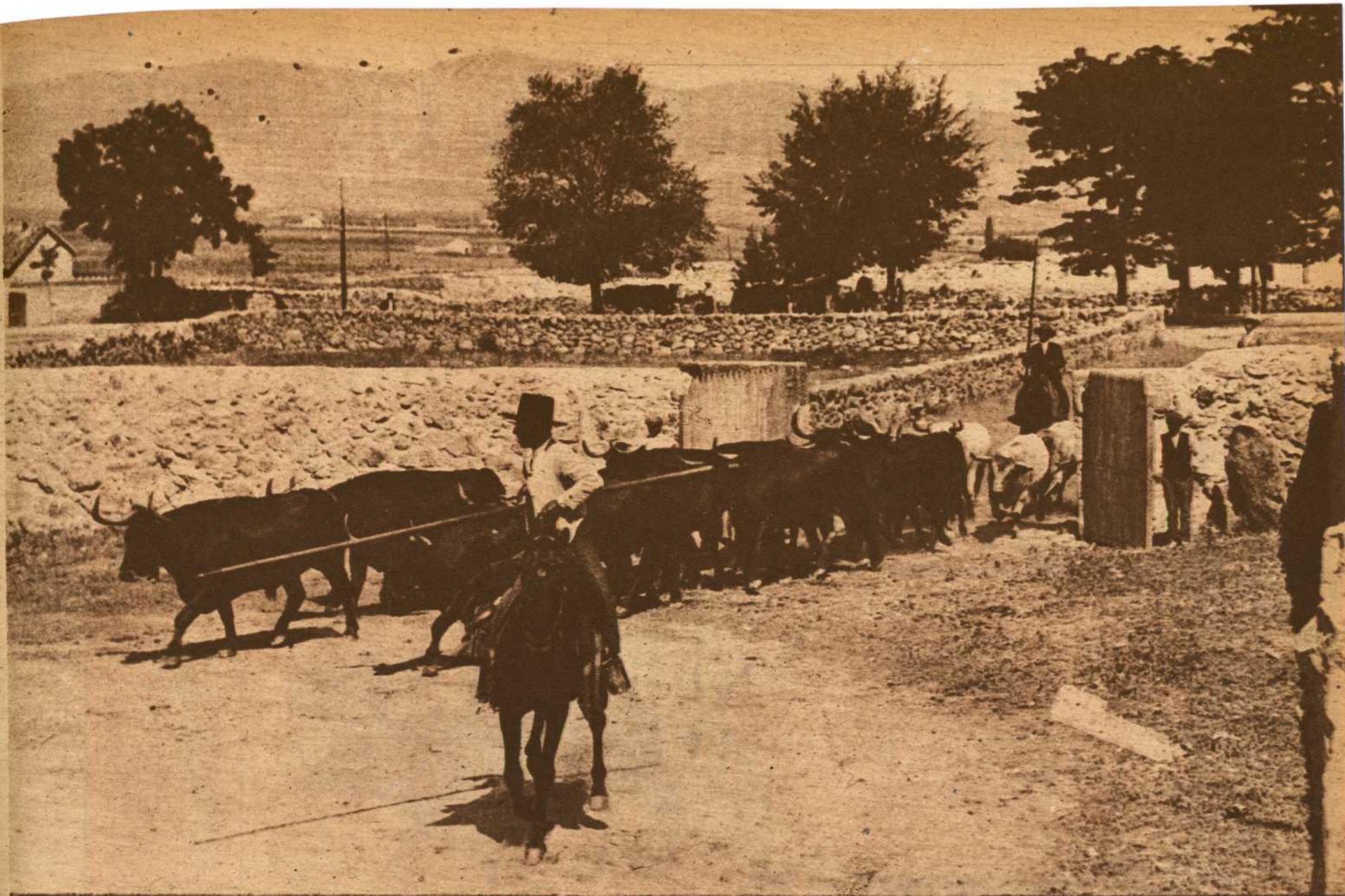


El torero tiene un arma más para triunfar, en la agilidad y vitalidad que le proporciona el friccionarse con

AGUA DE COLONIA

GALATEA

ES UN PRODUCTO DE UNION ALCOHOLERA ESPAÑOLA • MADRID



DESDE EL PRADO A LA PLAZA

Por **SANTOS ALCOCER**

Uno de los actos previos a la celebración de una corrida de toros que más cuidados y preocupaciones exige a toda Empresa organizadora es este del traslado de las reses bravas a lidiar desde los prados donde pasta la ganadería hasta los corrales y chiqueros de la Plaza.

La cosa, vista así por encima, parece muy sencilla. Se cogen los toros, se les mete en unos cajones o jaulas, se montan éstas en una plataforma del tren o de un camión y adelante. Al llegar a los corrales de la Plaza se sacan los toros de los cajones y se acabó. ¿Eh, que les parece? Senecillísimo, ¿no? Pues vamos a hablar con el mayoral de una ganadería cualquiera a ver si le parece a él tan sencillo.

—Hemos aquí ante nuestro hombre. Cara cetrina y rugosa, de piel curtida por los soles de todos los campos de España, con unos ojillos breves y hundidos, pero llenos de viveza y brillo. Se halla de paso en Madrid, de vuelta de Barcelona y camino de Andalucía. Viene de entregar una corrida en la capital catalana. Y entre tren y tren hemos tenido la suerte de entretenerle un par de horas para pedirle pormenores de cómo viajan los toros.

—Mire usted—contesta a nuestras primeras inquisiciones—: El toro bravo lo adquiere la Empresa en el cerrado de la finca donde se crían las reses bravas. Y en cuanto salen los toros —o los novillos, que eso es igual— de los dominios del ganadero, o sea en cuanto emprenden su viaje, ya todos los riesgos y gastos del traslado son por cuenta de la Empresa.

—¿Es fácil encajonar y embarcar a los toros?

—Fácil, fácil... No es que sea muy difícil; pero tampoco es cosa fácil. Verá usted. Una vez escogidos los seis toros, se apartan de la camada por los vaqueros y garrochistas a caballo, ayudados por los cabestros. Se encierran casi siempre en las placitas de tiente. Allí, el representante de la Empresa con el mayoral de la ganadería, el conocedor, y muchas veces el propio ganadero, examinan de cerca a los toros. Una vez aprobados, o sea al ver que no tienen defectos físicos, que no cojean, que no son tuertos o ciegos, etc., etc., se les va enchiquerando. En estas placitas hay un embarcadero ante el cual se detiene el camión con los cajones, colocando éstos frente por frente a una puerta que comunica a un estrecho callejón, a cuyo final hay otro portón a una corraleta o chiquero. Se abre la puerta de éste y el toro se lanza por el callejón, buscando salida a su encierro, y por una rampa final va a parar al interior del cajón. En cuanto entra se deja caer la trampilla, y ya está encajonado.

—Bien, bien—digo yo—. Pero, ¿entran fácilmente en el cajón los toros?

—Generalmente, sí. Llevados de su fiereza, se encajonan solos. Ya en este momento acusa el toro su grado de bravura. Cuanto más bravos son, antes se encierran en la jaula. El toro manso es el que suele darnos más guerra para encajonarlo. Ya al llegar ante la puerta del callejón teme por instinto, y, llevado de su cobardía, se defiende y trata de huir. A veces hay que darles en las ancas con la garrocha desde arriba, para empujarles hacia la salida que les lleva siempre a parar al cajón.

—¿Siempre es igual el encajonamiento?

—Sí, casi siempre. Si no hay embarcadero en la misma finca se llevan en camada con los cabestros a encerrarlos en las corraletas de los embarcaderos. Pero hoy casi todas las ganaderías tienen su embarcadero dentro de sus propios dominios. No varía la cosa más que si el traslado se hace en tren o en camión. En el primer caso son llevados los cajones al muelle del ferrocarril, y aquí, por medio de la grúa, son izados hasta las plataformas de los vagones de transporte. Y desde este momento siguen ya por el ferrocarril, como otra mercancía cualquiera, hasta su destino. Cuando el viaje de los toros se hace en camión desde la dehesa hasta la Plaza, la cosa es más sencilla aun, claro está.

—Durante el viaje, ¿se cuida alguien de los toros, de darles de comer, de vigilarlos?

—Naturalmente. El mayoral de la ganadería los acompaña y los cuida durante todo el camino. Y ya no se separa de los toros hasta que mueren. Y no crea que esto es cosa fácil. Requiere gran cuidado. Claro es que esta preocupación es menor cuanto más corto sea el viaje. Durante el viaje se les da de comer y beber por medio de una trampilla que hay al pie de la parte de lantera del cajón.

—¿Cómo les dan de comer?

—En unos comederos o latas de metal, que sirven también como bebederos, y que entran ajustados a la trampilla aludida. No suelen comer ni beber hasta que no llevan encajonador veinticuatro horas. Otra de las preocupaciones nuestras es vigilar a los toros que tienen tendencia a volverse dentro del cajón para evitar que se lesionen.

—¿Y se dan casos de que se vuelvan, a pesar de ser tan justos los cajones?

—¡Ya lo creo! Los toros casi todos tienen tendencia a volverse. La razón es que al ver que no tienen salida por el frente, tratan de buscarla por detrás, recordando, en su instinto, que por allí han entrado en el cajón. Y es muy fácil, con su fiereza ciega, que en estos intentos se enganchen los cuernos y se doblen y hasta se partan el espinazo. Ya ha habido muchos toros que se han desmenuado en el cajón por este afán de darse la vuelta.

—¿Y cómo evitan ustedes esto?

—Los distraemos, llamamos su atención, les engañamos abriendo la trampilla y haciendo que vamos a darles algo. Generalmente, acaban por cansarse y se echan en el cajón. Sobre todo cuando el viaje es largo. Ya en esta postura, suelen darse la vuelta más fácilmente.

—Pero, ¿pueden echarse, con tan poco espacio para removerse?

—Sí, sí. El toro, cuando lleva muchas horas en el cajón, acaba siempre por echarse. Claro que ha habido toros que han aguantado de pie tres y cuatro días.

—¿Y cómo duermen entonces?

—De pie, lo mismo que en el campo.

Los toros duermen mucho de pie, cerca de algún árbol o de una cerca. Otras veces se echan.

—¿Cuánto suelen tardar los viajes?

—Depende. De Andalucía o desde el mismo Salamanca hasta Bilbao o Barcelona o San Sebastián, Santander, Oviedo, La Coruña, que son los viajes más largos, bueno y a Valencia también se tarda, si es en tren, de cuatro a cinco días. Y a veces más. Esto depende de los trenes. Vea usted un caso curioso. De Salamanca a Madrid, que no hay más que doscientos y pico de kilómetros, suelen tardar más en llegar por tren los toros que desde Madrid a Barcelona, que hay seiscientos y pico de kilómetros. Y no le digo a usted nada cuando los toros han de ir a América.

—¿Ah, claro! ¿Y cómo hacen este viaje? ¿También encajonados?

—Exactamente lo mismo. Se llevan en tren o camión hasta el muelle, y allí, por medio de las grúas, son encerrados en la bodega del barco, en sitio bien aireado, y a veces en las cubiertas inferiores.

—¿Usted ha llevado toros a América?

—Sí; a Méjico. Hace ya muchos años.

—¿Y todo el tiempo van encajonados?

—Sí, sí; todo el tiempo. Claro que los cuidados son mayores, por razón del mucho tiempo que van encerrados. Además de darles de comer y beber dos veces al día, o tres, se les tiene que limpiar mucho el cajón, sacar la basura y bañarlos todos los días.

—¿Bañarlos?

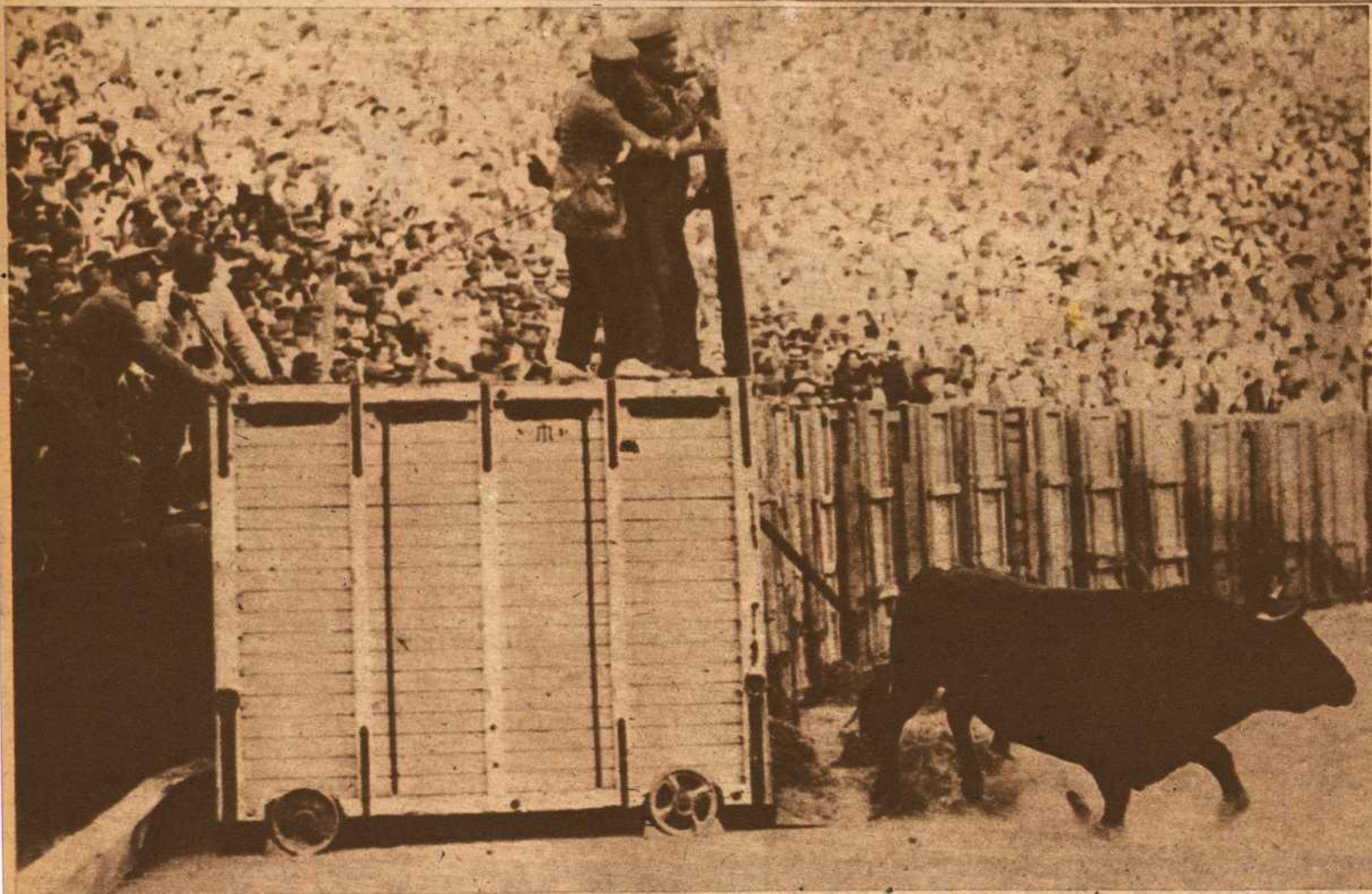
—Sí, bañarlos. Y a veces, al llegar a los trópicos, hay que ha-

cerlo dos veces al día. Y además que hay que bañarlos con agua dulce, porque el agua salada del mar les pela y produce granos y escoriaciones. Ha habido toros que por bañarlos con agua del mar han llegado a morir.



EL DESENCAJONAMIENTO DE LOS TOROS

Por ALMELA Y VIVES



En la Plaza de toros valenciana el desencajonamiento es presenciado por un público que llena la Plaza

LOS trenes, los camiones o los barcos han trasladado, desde tierras andaluzas o desde tierras castellanas, los cajones —seis, ocho, los que fueren— donde van encerrados los toros para la próxima corrida.

Ya se hallan los jaulones en los alcañales o dependencias del coso taurino. Como la corrida es una de tantas y no concurre ninguna circunstancia especial, están abiertos en una corraleta. Tapias enaladas, burladeros pintados de almágre, comederos acá y acullá, acacias de aire inocente... Y ante el personal de la casa, ante el empresario, ante el mayoral y ante algunos aficionados más o menos castizos, más o menos desocupados, más o menos pelmazos, van saliendo los cornúpetas de la cárcel geométrica para situarse en una cárcel más disimulada.

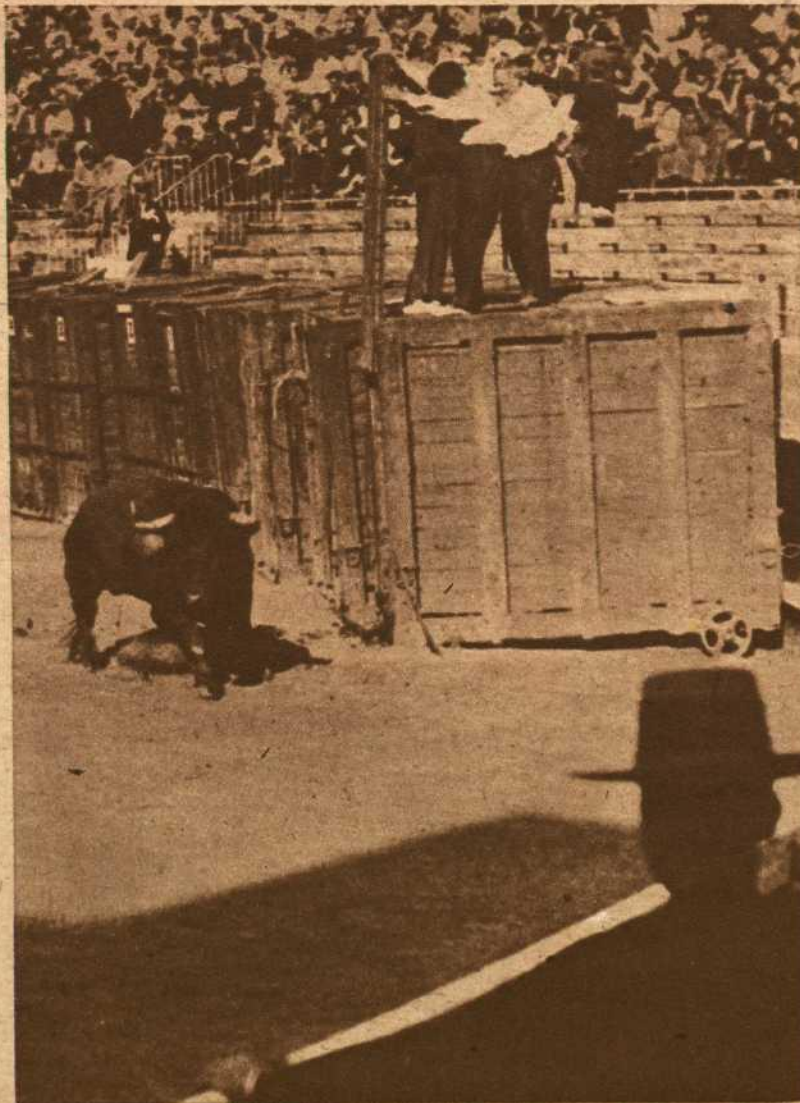
“¡Qué buen mozo!” exclaman los aficionados más o menos castizos, más o menos desocupados, más o menos pelmazos. Y no lo dicen por congraciarse con el empresario, que les deja fignear, ni por adulación al representante del ganadero, sino con indiscutible sinceridad, porque los toros, vistos de cerca, siempre parecen grandes. Y ésta es la única excusa que pueden tener algunos llamados toreros...

Luego, cada mocheño a su olivo. Los toros, en el corral. Las personas, a su cobijo. Y con ello termina el desencajonamiento.

Operación rutinaria, ¿no? Operación rutinaria, desde luego.

Pero, en ocasiones, la misma operación cobra espectacularidad por tal o cual motivo. Entonces, el desencajonamiento se celebra en el propio ruido de la plaza taurina, y ante el público que tiene acceso a las gradas y demás localidades del coso.

En la inmensa mayoría de los casos, acontece ello como un apéndice de novillada o becerrada, bien



Bilbao es otra Plaza en la que esta operación constituye un acontecimiento

porque el ganado que se va a desencajar traiga renombre de bien presentado, ya porque la futura función a que el ganado se destina sea de importancia extraordinaria.

Pero hay veces en que el desencajonamiento llega a constituir un espectáculo completo, sin añadidos ni justificaciones.

Ejemplo elocuente de ello es lo que acontece en Valencia con motivo de la feria de julio.

Antiguamente solían darse, por tales calendas, tres corridas de toros. Pero posteriormente, fué aumentando el número de funciones, taurinas, hasta estabilizarse, en la época actual, alrededor de la decena.

Un año, cuando se había salido de la parquedad primitiva y no se había llegado a la exuberancia hodierna, se le ocurrió a una Empresa desencajonar en el ruedo todos

los toros destinados a la feria. Con ello finiquitaba dos volátiles de un tiro, pues por una parte exhibía unos bureles que por sí solos constituían propaganda de las tauromaquias anunciadas, y por otra parte recaudaría unas pesetitas, ya que la pública operación sería de pago.

Y a propósito de pago... Cuando el célebre empresario don Indalecio Mosquera pasó a explotar el tauródromo de Valencia, despertó muchas enemistades y enconos, a lo cual contribuyó, en parte, el hecho de que intentara prohibir que el público asistiese gratis, como venía siendo costumbre, a los desencajonamientos, al principio descritos o aludidos... ¿Qué dirían los entonces enfurruñados cuando, años después, vieron en las esquinas los cartelones que anunciaban, con visibles precios, las aparatosas desencajonadas?...

Desencajonadas, no desencajonamientos. El lexicon oficial, que registra el verbo desencajonar, no registra la voz “desencajonamiento”, que es la empleada corrientemente en tierras de habla castellana. Sin embargo, en Valencia úsase, oralmente y por escrito, la palabra “desencajonada”, que, probablemente, es un valencianismo, como adaptación inmediata de la forma popular, o sea “desencajoná”.

Digresión pseudo-etimológica aparte, es lo cierto que el espectáculo, desarrollado como tal, presto adquirió raigambre, como lo demuestra la circunstancia de que nunca dejara ya de celebrarse, y la no menos significativa de que los precios hayan ido ascendiendo, hasta el punto de que lo valorado al principio en unos céntimos valga ahora algunas pesetas, acaso más que la entrada para una corrida de entonces.

¿Motivos del auge?

1.º La singularidad. No es dable todos los días ver que van saliendo de los cajones diez, treinta, cincuenta, setenta toros... Lo exorbitante del número es por sí un atractivo que vence a la monotonía posible; y tanto más posible ahora que se ha llegado, por alquimia salmanticense, a la elaboración del torito de tipo único (a precio de fantasía).

2.º La posibilidad de accidentes e incidentes. No ha faltado alguna cogida en semejantes trances. Y se da con frecuencia la res que se emplaza, sin hacer caso de los cabestros ni inmutarse por las pedradas que le dis-

EN ALGUNAS PLAZAS—ESPECIALMENTE LA DE VALENCIA—CONSTITUYE UN ESPECTACULO SIN PRECEDENTES POR SU INTERES Y VISTOSIDAD



Los toros, después de desencajonados, unidos a los mansos van hacia los corrales

paran todos los mayores allí presentes. Bicho hubo que, despreciando añagazas e incentivos, permaneció en el redondel hasta la madrugada y, cuando le habían dejado tranquilo, se dirigió filosóficamente a los corrales...

3.º La actuación, de Visantet, el del Puig. Era una estampa de labriego levantino, alto y enjuto, con sus espartañas, sus lüngos pantalones, su chaleco, su sombrero de fieltro, su vara en mano. Dedicábas a ir de pueblo en pueblo, llevand torazos y vaquillas para las capeas. En los desencajonamientos públicos del coso valenciano intervenía —con agilidad y eficacia— para dirigir el encierro subsiguiente. Y en semejante tarea era considerado como una institución.

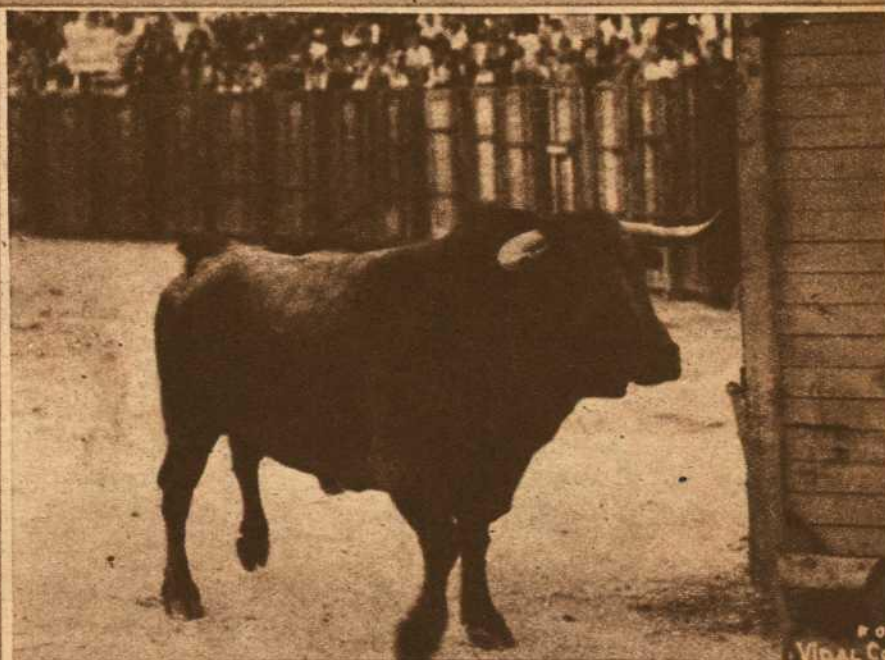
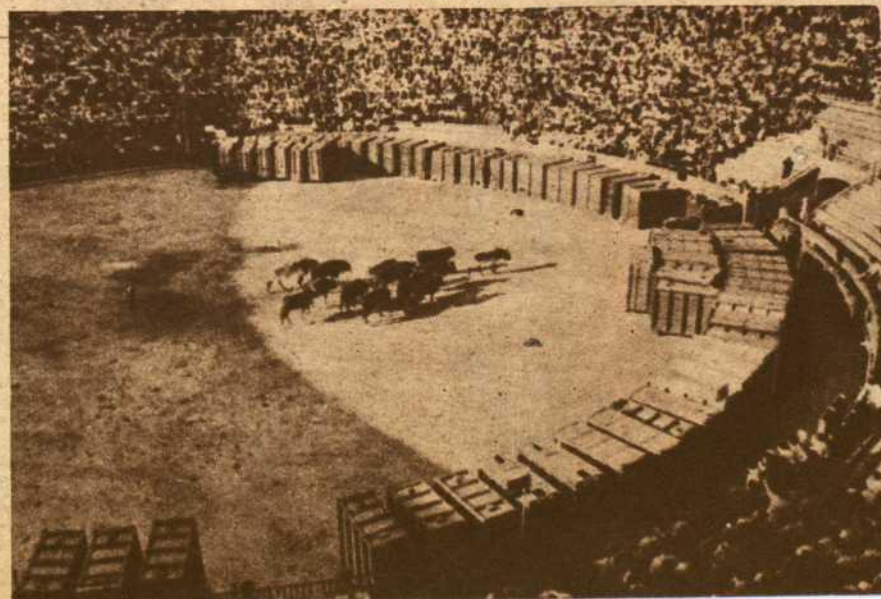
4.º La salida de los miuras. Dijo el Gallo recientemente —en las páginas de EL RUEDO— que "antes, en los desencajonamientos, había la costumbre, cuando la corrida era gorda, de sacar al toro por la parte del rabo en lugar de la de los cuernos, para que el público viera que había carne". Bien; pero en Valencia —vulgarmente, al menos— se creía que los miuras eran desencajonados así para evitar que salieran con demasiado ímpetu. ¡Oh el prestigio de la fatídica vacada! De todos modos, los miuras siguen saliendo de los cajones hacia atrás, a pesar de que no suelen mostrarse gordos (ni la gordura es su condición) y a pesar de que en lo otro se parecen cada vez más a unos apes cualesquiera...

Y 5.º Con un poco de buena voluntad podría afirmarse que, en el triunfo del desencajonamiento como espectáculo, ha influido asimismo, aunque en parte mínima, la asistencia de los aficionados al toro, que —como se sabe y resabe— constituyen el uno por ciento de los aficionados a la taurina fiesta. Aquellos entes rarísimos tienen, pues, ocasión de satisfacerse en sus preferencias.

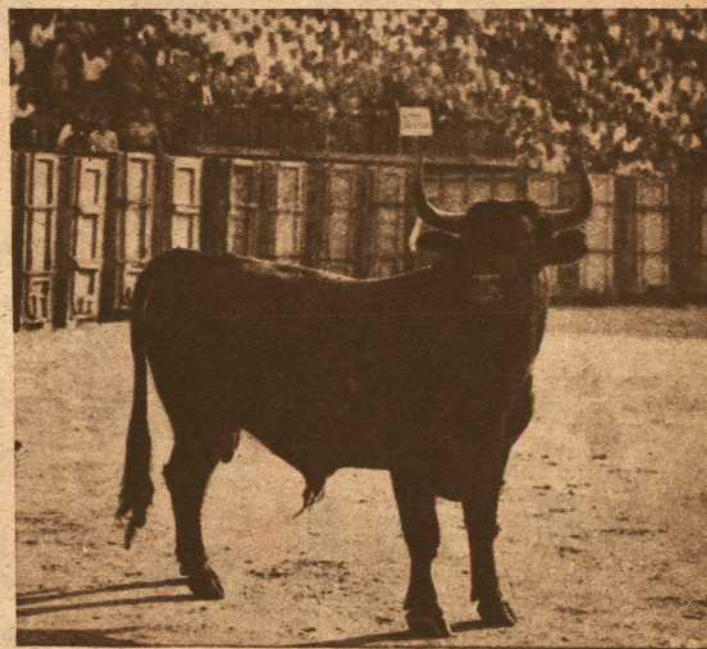
Por cierto que observan fenómenos curiosos. El toro X, al cabo de un viaje incómodo de varias jornadas, sale del cajón rollizo, brillante y tan acometedor, que remata poderosamente en tablas con estrépito de maderamen. Y ese mismo toro X, tras pasar una semana de reposo en los corrales de la Plaza, donde se le ha podido alimentar copiosamente, sale, para ser lidiado, con aspecto flácido y tan débil como para caerse a cada momento. ¿Por qué?... ¡Misterio! (Misterio tan claro como la luz del mediodía que son las catorce horas.)

Pero hay más. Para el desencajonamiento espectacular de que se viene hablando no llegaban al mismo tiempo los toros que al mismo tiempo se habían de soitar. Por ello, en ocasiones permanecían más de la cuenta en su ergástula de madera, cuya angostura resultaba agravada por el tórrido calor. Más de una vez pareció el cornúpeto asfixiado. Lamentable, lamentable. Por la pérdida de pesetas, ¿eh? ¡El negocio es el negocio!... Y en vista de ello, los toros —o sus dñatos— son desencajonados cuando llegan, vueltos a encajonar unas horas antes del espectáculo y sacados así al ruedo para representar la farsa. Una más, ¿qué importa? El público, el respetable público, que a veces se resiste a creer la más paladina verdad, ¡disfruta tanto con la mentira!...

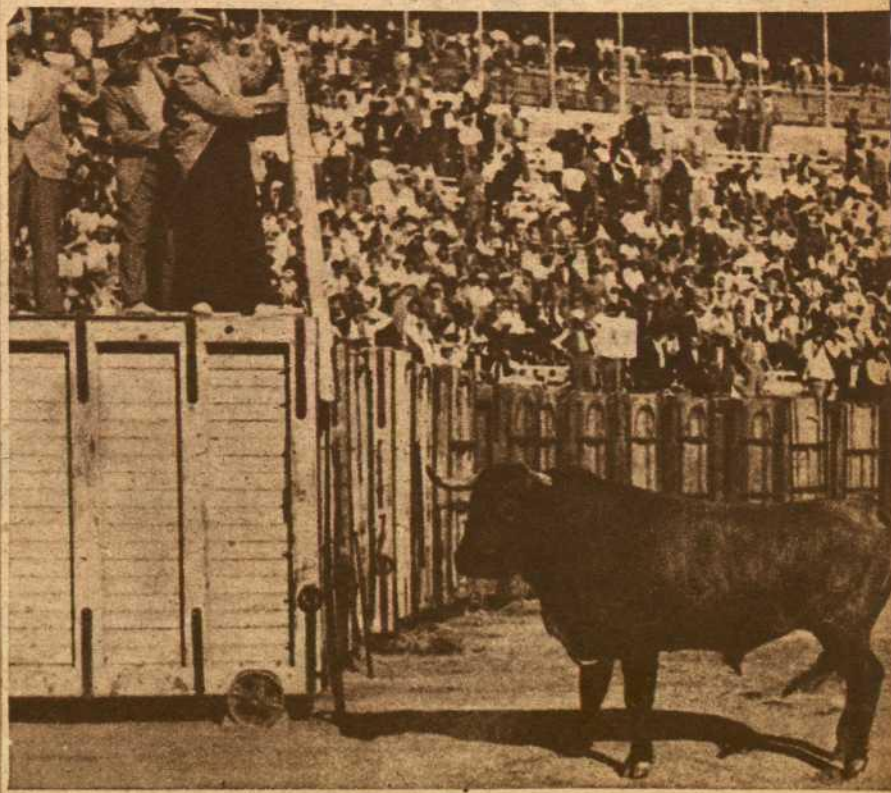
Una atrayente fotografía de la «desencajoná», como llaman a esta operación en Valencia

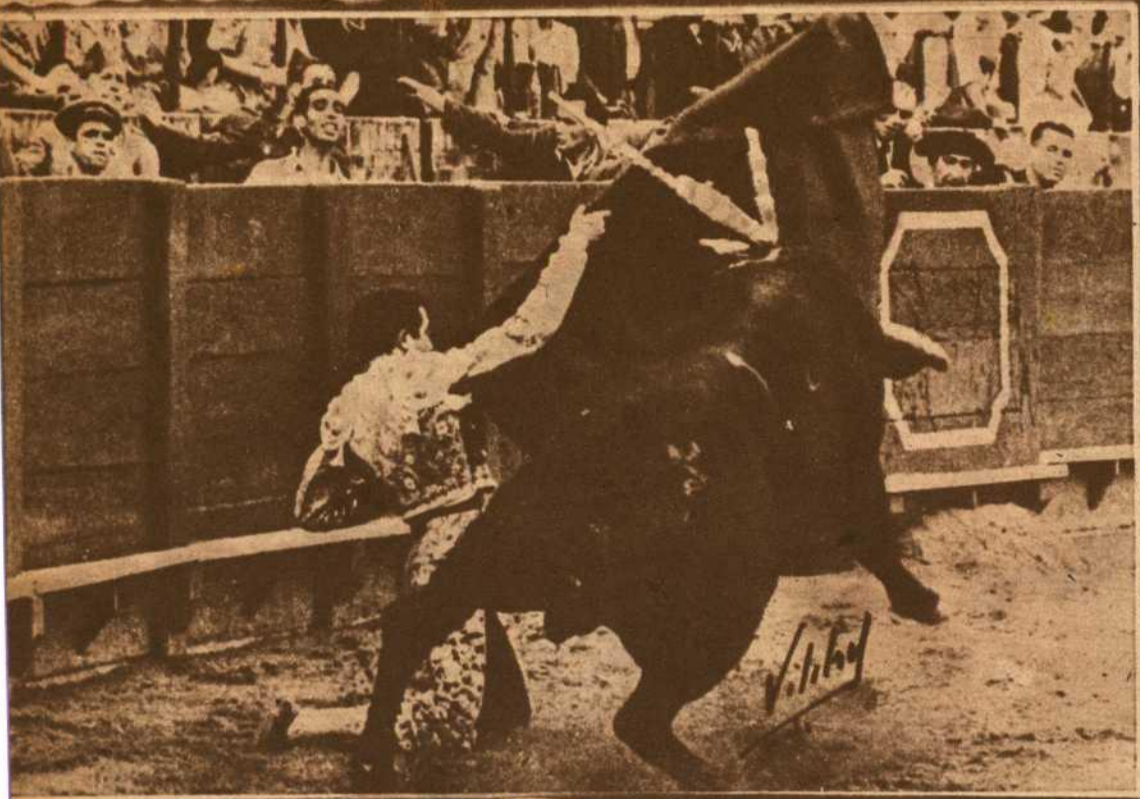


El toro, después de salir de unos días de viaje incómodo en el cajón



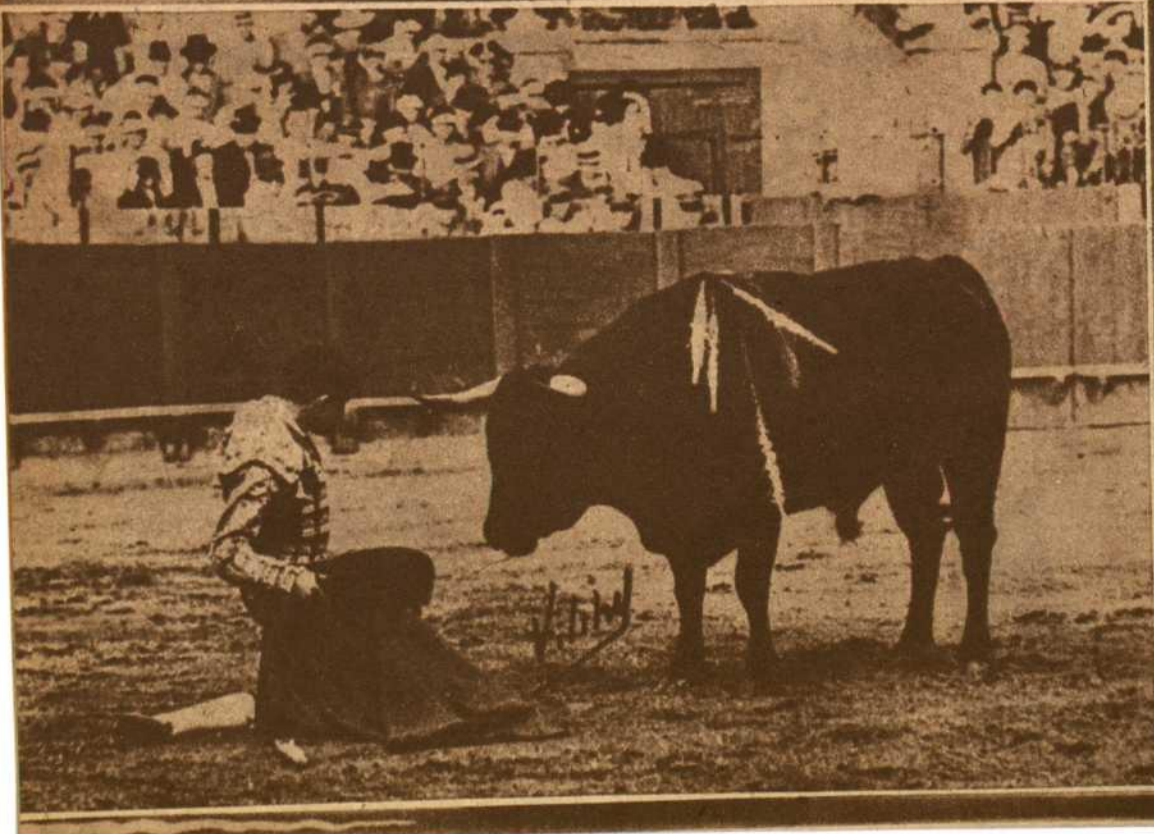
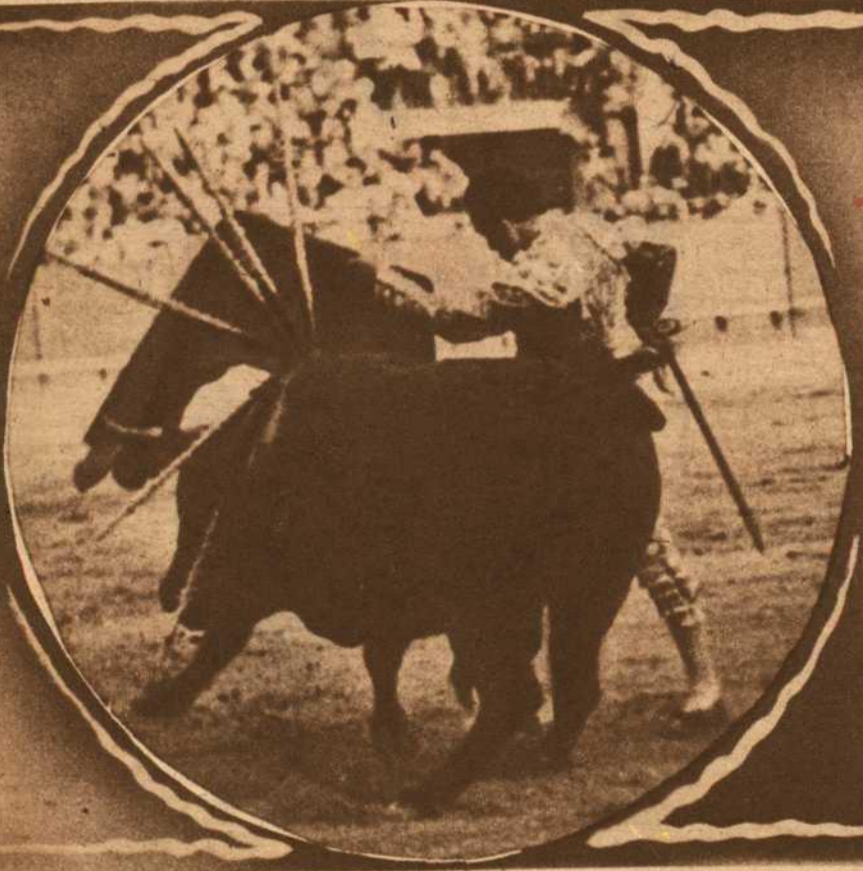
Alguno vuelve retador hacia el cajón y hasta remata contra él





Pepín MARTIN VAZQUEZ

Triunfo claro, hondo y definitivo el del finísimo torero de la Macarena en la Feria sevillana. Consagración auténtica de figura del toreo. A la edad en que los chicos juegan al toro, Pepín Martín Vázquez juega con los toros. Y al lado de las más altas figuras del toreo impone su clase y exalta su nombre, desde esa fecha, goza del mismo prestigio que los de aquéllas, bizarra y torerísimamente conquistado sobre el dorado albero de la Maestranza sevillana.





Las papeletas del sorteo. Abajo, a la derecha: Los toros van pasando a su corral, donde quedan hasta su salida al ruedo. A la izquierda y abajo: Otro momento del apartado

LA MAÑANA TAURINA

RECONOCIMIENTO,

SORTEO Y APARTADO

Por F. MENDO



He de confesar, puesto en pie y con la diestra sobre el pecho, que nunca en mi vida se me había ocurrido pisar una Plaza de Toros como no fuera para aburrirme o divertirme —por desgracia, más de lo primero que de lo otro— presenciando la fiesta nacional.

Como para dilapidar el tiempo bastante es que se le dediquen unas cuantas horas semanales a calentar un duro asiento, nunca se me pasó por la mente dedicarle a la fiesta horas extraordinarias. De aquí, que hasta fecha reciente no había prestado mi desinteresado concurso a esas faenas preliminares de toda corrida que se llaman sorteos, apartados y reconocimientos.

Ustedes saben —o debieran saber— que el vigente Reglamento ordena la práctica de tres reconocimientos: el primero, dos días antes de la corrida; el segundo, dos horas antes del apartado, y el tercero, una vez muerto el toro, a fin de comprobar su peso y edad.

Pues bien, ya puedo jactarme de haber presenciado al menos uno de los tres reconocimientos: el segundo. La mañana del domingo, prefijada para aumentar mis precarios conocimientos, pude comprobar, tan pronto pisé el patio de caballos, que eran muchos los que como yo aspiraban a no perder ni el más ligero detalle de tan distraída operación.

Mi primera comprobación fué la de que el reconocimiento tiene una primera parte de carácter secreto. He dicho secreto, aunque no pase de serlo muy relativo, ya que tras el presidente, el asesor, los veterinarios y el representante de la Empresa, nos colamos de rondón gente suficiente para llenar un tendido.

Situados los vaqueros, cuerda de puerta en mano, en los balconcillos del corral, y parapetados los técnicos en los burladeros, se franqueó una puerta y aparecen los cabestros arropando a uno de los toros de la corrida. Pronto, los mansos se escurren por otra puerta, dejando al fiero animal a la observación de los expertos. El bicho trata en vano de escapar y se revuelve inquieto en innumerados derrotes. A una orden del presidente es devuelto el toro a otro corral y se repite la operación con otro de sus hermanos de camada. Vistos por separado los seis, volvieron a reunirse al corral donde había tenido lugar el reconocimiento individual.

Fué entonces cuando se autorizó la presencia de los representantes de los matadores para proceder a la segunda parte, esto es, al sorteo y apartado.

Y empezó la prolija operación de emparejar los toros para constituir los consabidos lotes motivo del sorteo. Hasta aquí todo había ido a las mil maravillas; pero, amigos, cuando hubo que aunar los criterios dispares de los plenipotenciarios de las espadas comencé a notar los cabildos, las disputas y el no ponerse de acuerdo.

—A ver, tú, Tiznao, ¿qué te parece el castaño y aquel *acachapadito* de agujas para uno de los lotes? —decía uno de los que andaban presumiendo de ojo clínico.

—¡Hombre!, a eso le llamo yo pasarse de listo...

—¿Por qué lo dices?

—Porque el toro castaño gusta a todos, y en cambio, el otro tiene una cantidad de sebo en los riñones que asusta.

—Pues yo creo que si a mi matador le dejáis el castaño, podríamos dejaros ese mo-
gón que ahora está mirando para el abrevadero.

—¡Buena va! —tercía el representante del tercer matador—, y para nosotros dejáis los descarados de la... ¡Pues vaya una equidad para hacer los lotes!

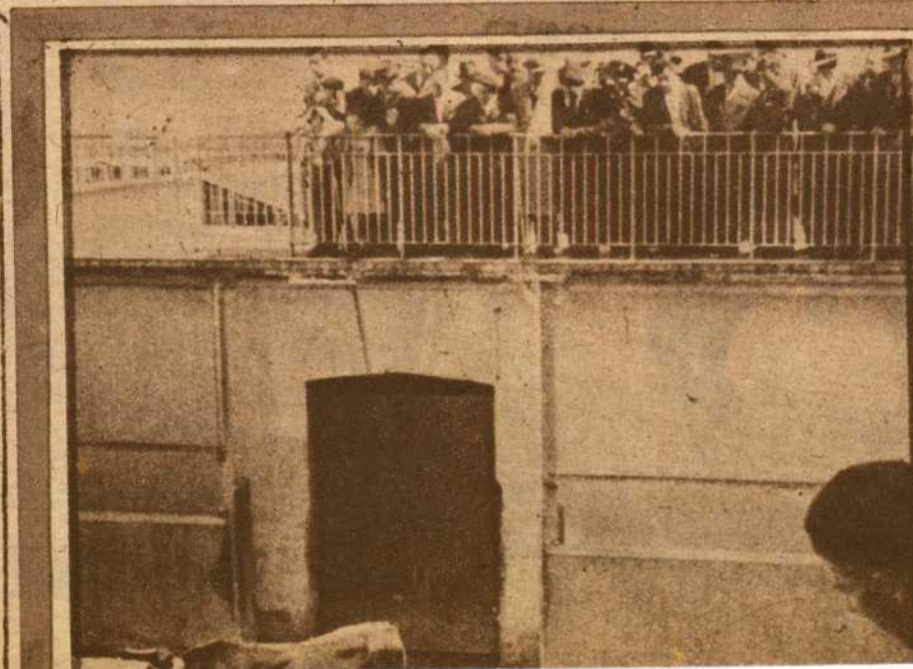
—¡Anda, éste!; pero qué más te dan los cornalones, si ya se encargarán tu matador y su cuadrilla de que no les tropiecen.

—Lo que sea, pero yo no puedo conformarme.

—Ni yo.

—Ni nosotros tampoco.

—Ya está bien —manifiesta el presidente muy amoscado de ver pasar el tiempo inútilmente—; oiga, mayoral, usted que conoce sus toros, ¿cómo le pa-



rece que se podría igualar esta corrida!

El hombre, muy orondo de que al fin le hayan consultado, se quita calmosamente el sombrero ancho, se atusa los cabellos y al fin dice:

—Pues, *veráis* ustedes. El *castaño* podría emparejarse con uno de los *descaradillos* de pitones. El *berrendo* podría ir con el *bajito* de púas, y el *mogón* con el de más peso. ¿Qué les parece?

—Bien está. Vamos a sortear.

En cada una de las tres papeletas se escriben los números de los toros emparejados y son depositadas en el sombrero del mayoral.

—A ver, una mano inocente. Tú, Paco, saca la papeleta.

El interpelado saca el boleto, lo lee y grita alborozado:

—¡Me alegro! ¡Por fin, el *castaño* para mi matador.

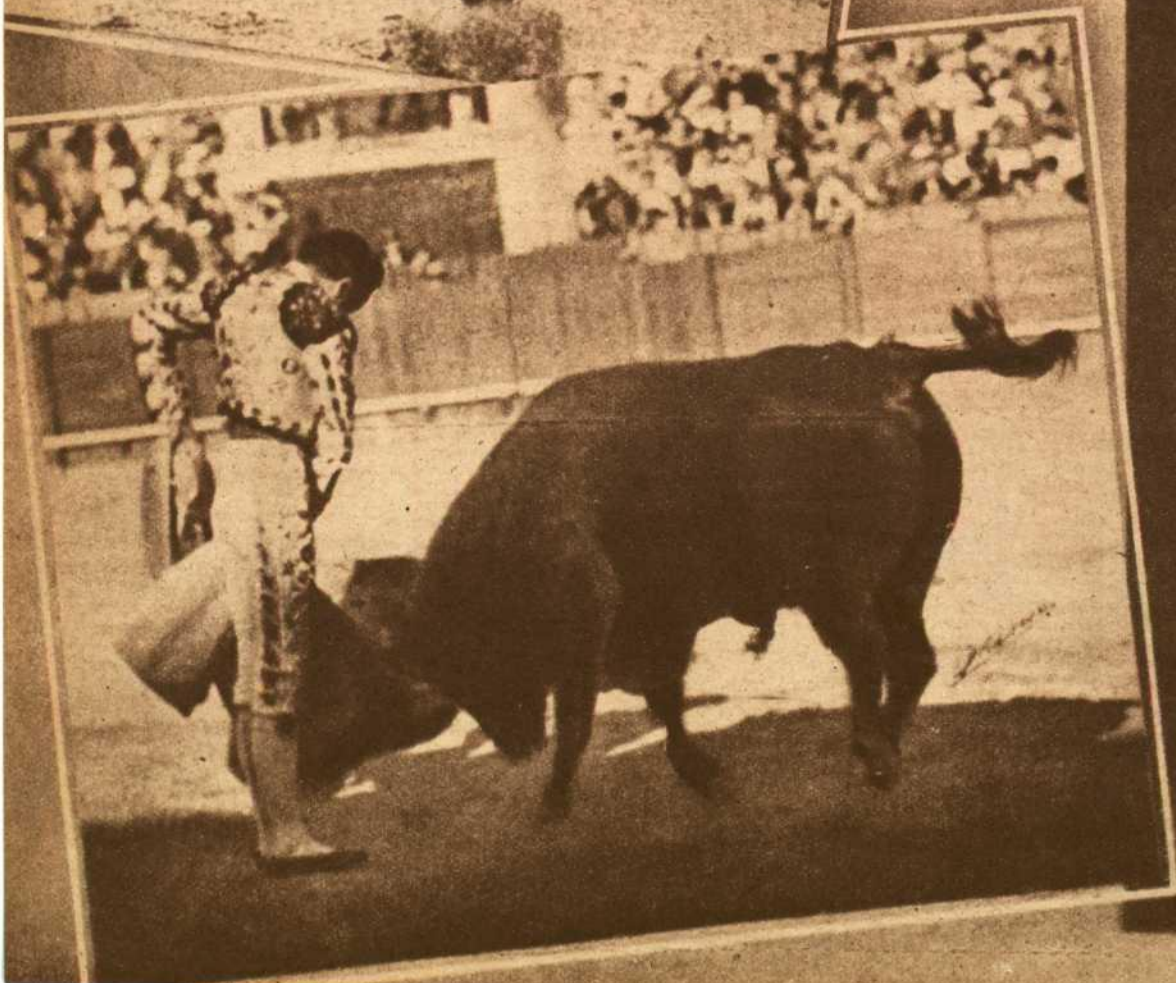
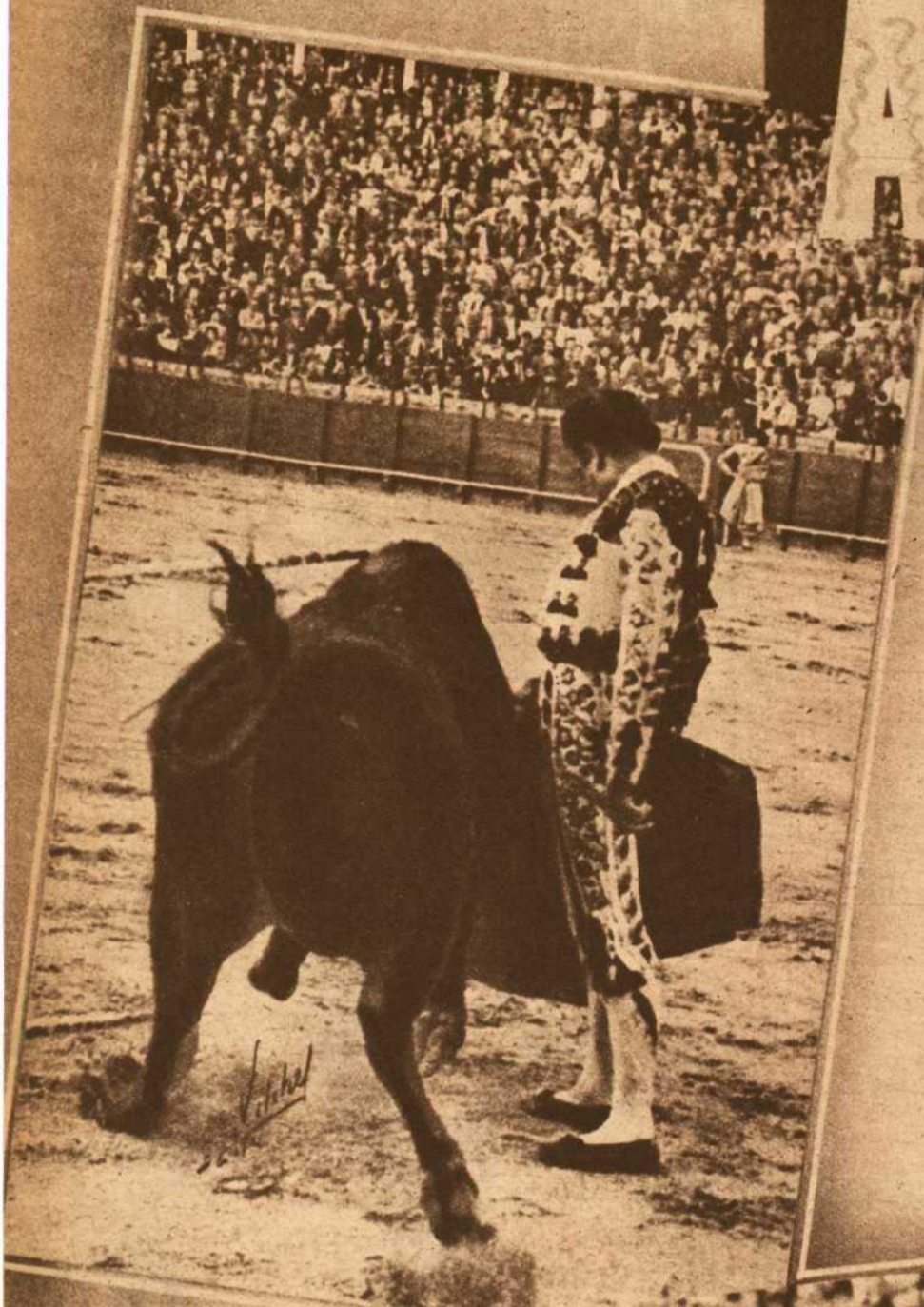
—¡Vaya, hombre, te has salido con la tuya!

—Buen toro *sus* lleváis.

Al fin, ya está en la arena el *castaño*.

Para que tome una vara le echan los caballos encima y sale rebrincando y huyendo de su sombra.

Rafael ALBAICÍN



¡Si García Lorca viviera...!
¡Qué romance compondría
para tu estampa torera!

¡Con qué garbo rimaría
la cimbreña gallardía
del junco y de la palmera
con tu indolencia gitana,
y con bronces de campana
verdes de "luna lunera"!

"Albaicín" torea con un hondo "son"
de copla flamenca de fragua y martillo.
¡Chispas sobre el yunque de su corazón!

Y en los giros lentos de su capotillo
—tejido con hilos de luna y de seda—,
el tiempo, mecido, ¡dormido se queda!

Y el trance violento, se torna armonioso...
"Albaicín", torero, pone en cada suerte,
¡toda la elegancia de ceremonioso
saludo a la muerte!

¡Artista, torero y gitano!
(Este "payo" hermano,
no hay quien lo resista...
¡porque es ser, por tres veces, artista!)

Es tener, en capote y muleta,
la gracia secreta
de ese "no se qué"
que en el cante es duende:
lo que no se explica, lo que no se aprende...
"el ángel", que vuela... ¡Pero no se ve!

¡Gracia y gallardía!
¡Salero y solera!...
Si García Lorca viviera...
¡qué romance compondría
para tu estampa torera!

JUAN DE JEREZ

EL AFEITADO Y OTRAS LINDEZAS...

Por FRANCISCO RAMOS DE CASTRO



CIRCULAN por ahí unos caballeros de torvo espíritu y somisa falaz que dicen cosas terribles en las tertulias taurinas, admitiendo por tales aquellas reuniones de personas que no entienden nada de toros. ¡Cuidado! Esta no es una salida de pie de banco, ni una paradoja, ni una pueril pretensión de rivalizar con *La Codorniz*.

Al afirmar que hay tertuliantes taurinos que no entienden nada de toros, quiera decir, y digo, que únicamente hablan y entienden de toreros, con abstracción de todo conocimiento relativo al vertebrado, mamífero, monodelfo, ungulado, artiodáctilo, rumiante, caviórnido, bovino, conocido común, y en muchas ocasiones, exagerada e hiperbólicamente, con el nombre de toro de lidia.

Y, naturalmente, la sólida ignorancia de dichos tertulianos los impele a poner en circulación las más peregrinas especies, relativas al toro, que son admitidas como artículos de fe por el vulgo denso y alarbe, siempre propicio al bulo y a dar por ciertas las más absurdas fantasías.

Así acontece que hogaño tiénese por verídico y usual el «afeitado» de los toros y las «otras lindezas» a que me refiero en el título, tales como la que admite la existencia tenebrosa del «tío del saco», supuestas causas fundamentales de que los cornúpetas que lidian las grandes figuras, sobre ofrecer una roma exigüidad de pitones, se caigan con mayor frecuencia que el delantero centro medroso, acosado por el impetuoso «defensa», y perdonen ustedes la balmopédica digresión.

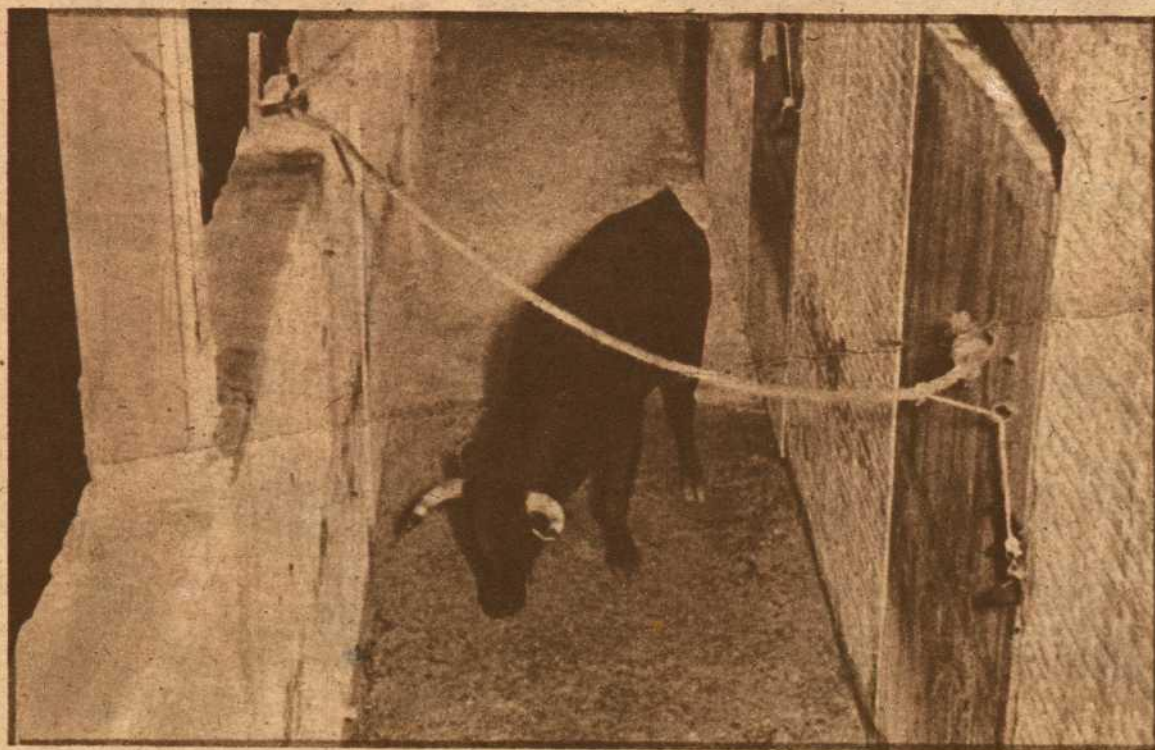
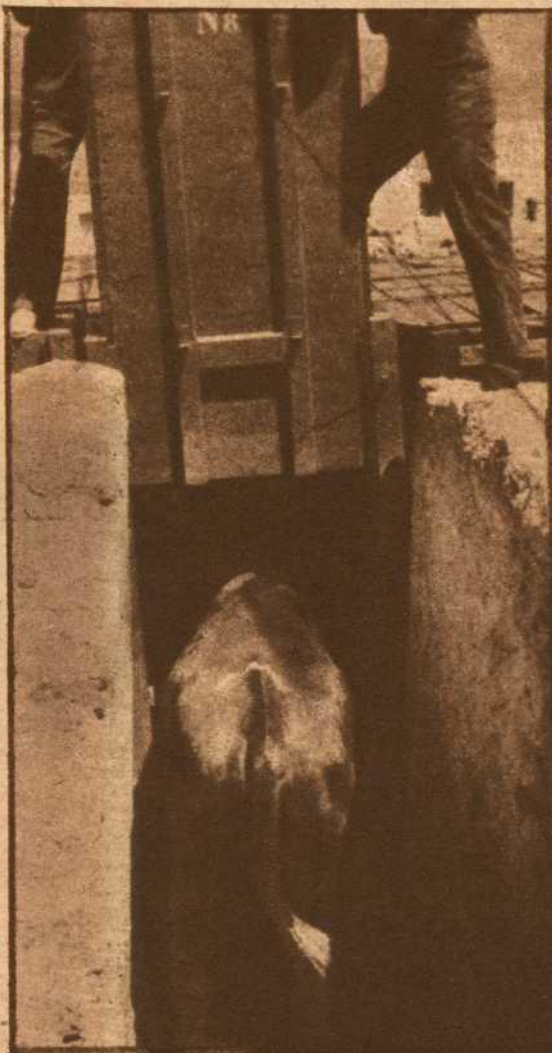
¿Es cierto o no es cierto que se realiza el «afeitado» de los pitones?

¿Es cierto o no es cierto que existe y manobra el «tío del saco»?

Yo no me aventuro a la negación terminante. Pero voy a especular con mis razonamientos en contra, aportando, para ver de rebatirlos, aquellos otros que aducen los mantenedores de la existencia de tan turbios procedimientos.

Opino yo que el «afeitado» de los toros carecería de eficacia. Tal fuerza tienen los graciosos animalitos en el rizado testuz que, aun mogonés u hormigones, perforan, no ya los blandos tejidos de la humana anatomía, sino los compactos tableros de las barreras, con lo cual ningún topetazo, en trance de encarnar, resultaría inocuo.

Contra esto, alegan los opinantes del «afeitado», que a tales maniobras son sometidas las reses por los habituales «figaros», tales son las torturas que sufren las testas de aquéllas y tan dolidos y temerosos quedan después del «jabón», que los animalitos rehuyen o reprimen cuando menos el ímpetu de la cabezada, aunque les parezca propicia la presa, recelosos aun por el recuerdo del dolor sufrido durante el «aseo».



Pero no me convencen. Para realizar esa operación se precisan unos laboriosos preparativos evidentemente escandalosos: enlazar al toro, sujetar la maroma al museo o poste necesario, ciñéndola a un torno hasta que los cuernos del toro queden a uno y otro lado del poste, para que los carpinteros puedan «afeitarle» sin riesgo... Todo ello quebranta, indudablemente, al animal; pero, ¿sería tan descarado...!

—¿Descarado? —me arguyen—; absolutamente secreto. Por lo menos en Madrid y en algunas otras Plazas podría hacerse con el sigilo máximo. ¿Acaso ignora usted la existencia de una «barbería», con todos los adelantos modernos, instalada entre las dependencias de la Plaza de las Ventas? En ella puede entrar el toro, sin que se le hostigue; luego se le cierra la salida y se le corta la retirada. Dos burladeros laterales y móviles se ciñen a los costados del toro, cuyas astas pueden sujetarse con toda limpieza, procediendo seguidamente al «afeitado», a gusto del «figaro» y de quien «xija» esta previa operación.

—Bueno —pregunto, a punt de rendirme a la evidencia y de pasarme al fútbol—; pero, ¿ese departamento tenebroso, ha sido creado para tal fin?

—No, señor. Ese departamento, inteligentemente ideado, se hizo para embolar los toros, para curarlos también y, asimismo, para limar los pitones astillados en prevención de que un posible puntazo se convirtiese en una lesión terrible... Ahora que, ¿quién le dice a usted que no podría aprovecharse también para el «afeitado» y hasta para que operase el «tío del saco...»?

—¡Alto ahí! Yo no creo en el «tío del saco». Entre otras razones por la de que aplicada su existencia al indignante fin que se le atribuye, sería paradójica. Vamos a ver. ¿No se creó la ficción del «tío del saco» para asustar a los niños malos? Pues, ¿cómo vamos a creer ahora que existe el «tío del saco» para tranquilizar a «los niños buenos»? No. «El tío del saco» es una entelequia taurina, brotada del maligno magín de un iconoclasta, sumido en la incógnita turba de la masa, como diría mi gran amigo Cristóbal Berra, pongo por taurino florido y culto.

Rechacemos, pues, el nefando rumor de que los toros se caen porque los tienen una semana con un saco de doscientos kilos sobre el lomo.

Los toros, valga el decir, son, poco más o menos, como las personas. Y ¿qué falta le hace al pobre Mangurciez, de-

pauperado y hambriento, que le carguen con un piano, para caerse por la calle? Se cae por desnutrición; porque tiene menos vitaminas que un botijo.

Pues lo mismo le pasa al toro. Se cae por debilidad bien administrada. Y los toros se caen.

Y se cae la Fiesta.

Y nos caeremos todos en este inverecundo derrumbadero de procedimientos extraños.

el ESTUDIANTE

TORERO Y MATADOR

En la memorable corrida de la Diputación, se premió al Estudiante con el capote de paseo. Pieza maestra y clava artística de aquella tarde triunfal.

La faena de muleta, a cuyo conjunto pertenecen estos dos pases, fué sin discusión una de las mejores faenas que se hicieron el año pasado en la Plaza de Madrid.



Estocada - curso del volapié - con que el Estudiante coronó su emocionante faena al toro del Conde de la Corte el pasado junio en Bilbao. (Faena y muerte en las que cortó dos orejas y el rabo).

